LA VIRGEN MEXICANA

AUG 1 1 1969

PQ7297.R86 M36 1853
Ruiz de Conejares, Francisco de
Paula Alonzo.
Maravillosa aparicion de Santa
Maria de Guadalupe

LA VIRGEN

MEXICANA.

POEMA.

LIBRARY OF PRINCETON
AUG 11 2008
THE LIBRARY

Habiendo hecho donacion de esta obra el señor su autor, al Cabildo de esta Colegiata, y aceptádola, es propiedad suya, y nadie la podrá reimprimir sin su permiso.

LA MARAVILLOSA APARICION

DE

Santa María

DE GUADALUPE

O SEA

LA VIRGEN MEXICANA.

1853

México: Impreso por R. Rafael, Cadena, N. 13.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/lamaravillosaapa00ruiz

Illmo. y Vble. Cabildo Guadalupano:

Algunos ratos de ócio han bastado para componer esta historia poética [la poesía es historia,] de la admirable Aparicion de nuestra singular Patrona, Madre y Señora de Guadalupe.—Y como sea V. S. Illmo. tan ardientemente celoso de su gloria, rico y suntuoso en el ornato y cultura de su templo, brillante y magnífico en la solemnidad de sus festividades, y en cuanto de algun modo á tan Gran Reina pertenece, espero que V. S. Illmo. se dignará cubrir esta pequeña obra con su benigna sombra, y dispensarle su generosa proteccion.

Reciba V. S. Illmo. mi cordial afecto, y la sinceridad de mi perfecta voluntad.

EL ABAD

Dr. Francisco de Paula Alonzo Ruiz de Conejares

Prólogo.

He hecho un esfuerzo en mi vejez para componer este cántico religioso; pero libre y sin sujetarme en todo á las reglas del arte, con la verdad de la historia he seguido á la naturaleza, y servido á mi gusto y á mi devocion únicamente.—Esto supuesto, no necesita de cartas de envío mi pequeño libro.

P. FRANCISCUS XAVERIUS LASCANO

SOCIET. JES. PIISSIMO

BEATÆ VIRGINIS

AMANTISSIMO CULTORI.

MIRACULOSAM Virginis Guadalupanæ Mexici supremi Numinis digito depictam Imaginem, totus Orbis adorat; cum ejus pulcherrima exemplaria quaquaversus diffusa, decoris et speciei magnete ad amorem ubique gentium et reverentiam allierant. Mirabilem supramodum istius originem exterorum plurimis hactenus ignotam, tibi offero. Inaudita leges sed vera insimul ac magnifica. Duorum sæculorum perenni stabilita traditione et totius Septentrionalis Americæ testimonio munita (*Ps.* 147, *V.* 20): Non fecit taliter omni nationi dices, his lectis. Fateor; et accipe pro responso verba Joannis (*Epist. c.* 1, *V.* 1, 2, 3 *et.* 4. *Quod fuit ab initio &c.*).

Decenio post subjugatum Christo Domino Imperium Mexicanum, sabbato quinto idus decembris, pius e plebe Neophytus Ioannes Didacus nomine e vicino oppidulo suo Mexicum ad Sancti Francisci Ædes sacris assistendi audiendæque catechesis adibat desiderio. Cum e parvi montis Mexico tria milliaria dissiti radicibus, quæ iter est, cœlestis harmonia Ioannis oculos evocat in montis cacumen. In eo videt Iri circumcinctam Cœli Reginam. A qua vocatus, be-

nignissimeque acceptus jubetur Episcopum Venerabilem Ioannem de Zumarraga Minoritam adire, templum que ibidem loci, suo sibi nomine postulare, quod profecto totius hujus orbis foret asylum. Audita Episcopus legatione metuens ne quid doli subesset multa sciscitatus á legato eum in præsentius tempus dimisit quasi rem maturius consulturus. Redit Ioannes ad Virginem in eodem montis cacumine illum expectantem responsoque Episcopi exposito suam causatus vilitatem precatusque ut miteret cui major fides haberetur, jussus bono animo esse jubetur iterum altera die Episcopum adire secundoque templum postulare.

Ad iteratam Episcopus legationem suspensus animi mitius ac pridie Legatum alloquitur ait que illi se libentissime pariturum accepto alio clariore signo Virgineæ voluntatis. Recipit Ioannes petiturum et abiit. Mittit Episcopus e suis familiaribus duos qui aliquanto a longe Joannem secuti sedulo observent quocum loquatur in monte. At ubi ad hujus pervenit radices, ex eorum oculis evanuit ut ab eis toto monte diligentissime quæ unto situs inventus non sit, dum reduces apud Episcopum magicæ Neofitum criminantur. Beatissima Virgo responsum petitionemque Episcopi cognoscit ex Joanne, signumque sequenti se die, feria scilicet secunda, daturam policetur. Ea Joannis ad Virginem redire non potuit invento domi Joanne Bernardino patruo suo posito in extremis. Neque feria tertia rediisset Sacerdotem acciturus, qui patruo suo Eclcesiæ sacramenta ministraret moribundo. Ne igitur a Deipara detineretur, si qua alias iter faceret, opposita pergit via, sacerdotem vocaturus; sed frustra. Nam occurrens illac Piissima Virgo solatur illum, securumque reddit de Patrui salute, quam illi tunc apparens conceserat, jubet illum montem subire, floresque legere Episcopo ferendos in signum.

Ergo collectos flores, Virgineis ipsa Deipara manibus, vi-

li componit in ricino, id est, inopum pallium Indorum, præcipit, uti ad Episcopum ferat, nullique ostendat in via. Ricinum per vim explicare conantes Episcopi familiares, nullum tamen florem tenere potuerunt; et si putantes in eo arte phrygia elaboratos. Ut coram Episcopo Ioannes pallium expandit, veris, bellissimis recentique rore madidis floribus decidentibus, in eoden ricino non modo supra, verum et contra omnia picturæ præcepta apparuit quam veneramur Beatissimæ Virginis Imago GUADALUPANA, parvo suffulta cherub, regio diademate insignis, manicata, et infra talos promissa tunica partim candidi, partim coloris punici: adhæc exigua cruce in collo depicta junctis que manibus ad pectus, vultu Indæ puellæ placidissimo, leniterque dejectis oculis: adeo Apocalipticæ quam simillima ut et sol centum et duodecim radiis picturæ totam oram ambiat et luna sub pedibus ejus aspiciatur; nisi quod pro duodece quibus illa coronatur stellis, sex supra quadraginta in cæruleum hujus peplum dispersæ numerentur. In ea nihil non mirum pictura e floribus media hieme e solo spinarum folum feraci collectis in linteo adeo levidensi ut a tergo velut per transenam templum videntibus facile pateat: quin post duo sæcula nitrum vicini lacus quod argentum, aurum, et œs erodit summam ejus pulchritudinem vividissimosque colores, vel levissime violaverit.

NON FECIT

TALITER

OMNI NATIONI

Canto Primero.

I.

El dulce amor las maravillas canto
De aquella Insigne Virginal Señora,
Al hondo averno de terror y espanto,
De paz al orbe rutilante aurora;
Que en régio sólio del Olimpo santo
Bajó á la cumbre Tepeyác do mora,
Y es gloria á un tiempo del Indiano suelo,
Defensa, vida, universal consuelo.

II.

Tú que tan pura como alegre y bella
Sacro el alcázar del Eterno habitas,
Divina Musa, celestial doncella
Que en sublimes canciones te ejercitas;
A mí tu llama, que encendido en ella
Cosas diré tan raras é inauditas,
Que asombrados publiquen los mortales
Que á ninguna nacion se hicieron tales.

III.

Y vos varones ínclitos, que el fuego
Respirando de amor, peremnemente
En dulce calma y plácido sosiego
Velais su Templo cándido y fulgente,
Que el santo Coro componeis, el ruego,
El honor y alabanza juntamente
Cabe su Trono encareceis de gloria,
Oíd atentos la inmortal historia.

IV.

No del Pindo las musas placenteras;
Ufanosas de amenas invenciones,
De encantos fugitivos las quimeras
Prestarán á mis fáciles canciones;
Que aunque son tan graciosas, lisongeras,
Pero al cabo no son sino ficciones;
Y aunque sea de muchos permitido,
La verdad no está bien con lo fingido.

V.

Si por eso decis que en la belleza
No el núme iguala á mi grandioso intento,
No faltará á mis versos gentileza,
Ni variedad armónica á mi acento;
Como aquella en que fiel naturaleza,
En la tierra y el alto firmamento,
Con voces tan sublimes cual sencillas
Engrandece de Dios las maravillas.

VI.

Despues que el alto sólio esclarecido
Del ínclito monarca mexicano
Al cielo pareció que destruido
Cayese á impulsos del valor hispano,
Y que fuese á sus dioses sustituido
El culto del Eterno Soberano,
El sol décima vez en la alta esfera
El fin tocaba de su anal carrera.

VII.

Era el Diciembre helado, y ni se vian
De los fértiles campos los verdores,
Ni en los gratos pensiles parecian
En grupos bellos las pintadas flores;
No los mansos arroyos discurrian
Vocingleros de fáciles rumores,
Ni triste lamentaba y desolada
La dulce filomena en la enramada.

VIII.

De los boreales vientos sacudidos
El monte, el valle, el anchuroso prado,
Silenciosos yacian y ateridos
Bajo el adusto Capricornio helado:
Tal en la tierra de una vez perdidos
Parecian los seres, y apagado
El natal esplendor de la belleza
Con que rie al mortal naturaleza.

IX.

Era el tiempo no obstante prevenido
Por el Señor del orbe Omnipotente
Para obrar un prodigio nunca oido,
En gloria suya y de la Indiana gente:
Solo agraciado el Tepeyác, florido
En medio del invierno, ricamente
Debia aparecer, para en sus flores
Dar al pincel divino sus colores.

X.

Aquellos que una mano portentosa
En un grosero lienzo dispondria
Con arte tal, tan bella y primorosa
Que del tiempo venciese la porfia;
Que despues de tres siglos, tan hermosa
Como el primero afortunado dia,
Intacta siempre y pura y sin mancilla
Exprimiese la insigne maravilla.

XI.

Señal de paz entre el Señor del cielo
Y los mortales tristes y abatidos;
A los que gimen en amargo duelo
Paz, luz y guia á los que van perdidos:
Mas ¿cómo vino al mexicano suelo,
Y cómo apareció con tan subidos
Y esquisitos colores adornada,
Y con tantos poderes agraciada?

XII.

¡Oh Musa celestial! Tú en cuya frente
La aureola luce de una inmensa ciencia,
Que en todo estás, y todo ves presente
Del Ser Supremo en la divina esencia,
Cuéntame el caso tú, ven, juntamente
Mi pecho inflama, dame tu elocuencia,
Y enséñame á decir de la manera
Cual sueles tú, sublime y verdadera.

XIII.

Como va de la noche disipando
El almo sol la sombra tenebrosa,
En torrentes de fuego derramando
Las luces bellas de su faz radiosa;
Que parece que entonces dispertando
De algun pesado sueño, victoriosa
La tierra se embellece enardecida
Cobrando nuevo ser y nueva vida;

XIV.

Así en do quier sus vivos resplandores
Iba la antorcha de la fé estendiendo,
La negra obscuridad y los errores
De los gentiles pueblos desparciendo;
Y al recibir sus ciegos amadores
Tan rica luz, entonces renaciendo
A nueva vida, ufanos se mostraban
Y con noble ardimiento respiraban.

XV.

Mirábanse á su impulso juntamente
Sus dioses y sus templos derribados,
Los incensarios rotos igualmente
Y los súcios altares derrocados:
No ya el furor del ánimo inclemente
De impuros sacerdotes, avezados
A horrendos sacrificios, se nutria
Con sangre humana que á sus piés corria.

XVI.

Otros templos mas puros descollaban,
Y aunque á pequeño espacio reducidos,
Magestuoso el alcázar figuraban
Del Señor á quien eran erigidos:
En sus graciosas cúpulas brillaban
Los trofeos mas nobles y lucidos,
La Cruz de Aquel que poderoso y fuerte
Muriendo en ella debeló á la muerte.

XVII.

Altares mas preciosos consagrados
A su grandeza en su interior habia,
Do los gratos perfumes derramados
De olorosos inciensos recibia;
Do el Cordero que quita los pecados
Millares de ocasiones se ofrecia
Al Padre Dios, en holocausto eterno,
Víctima pura del amor mas tierno.

XVIII.

Apiñados cien pueblos de creyentes
En derredor del ara misteriosa
Exhalaban las súplicas fervientes,
En actitud humilde y religiosa;
Y con voces y afectos diferentes
Bendecian la diestra portentosa
Del que aduna á las gentes y á los reyes
Con una fé bajo unas mismas leyes.

XIX.

¡Ah! sí, este Dios que cuando está irritado
Estremece del orbe el fundamento,
A cuyo impulso el rayo disparado
Estalla, rompe y va á su mandamiento;
Deja á su voz al orbe consternado,
Destroza cuanto encuentra, en un momento
Brilla en el cielo, y hiere en las colinas,
Y las cubre de estragos y de ruinas:

XX.

Este gran Dios que desde el alto cielo
Habla al mortal con truenos espantosos;
Que el fuego vengador lanzando al suelo,
Hunde en cenizas pueblos numerosos;
Señor terrible, á cuyo ardiente celo
No hay quien resista, y grandes y orgullosos
Señores y monarcas aplaudidos
Caen de espanto y terror sobrecogidos:

XXI.

Este mismo Señor irresistible,
Que cuando quiere, con su blando aliento
Hace tornar el tiempo bonancible,
Hace callar el mísero lamento,
Mira al humilde grato y apacible,
Deja al protervo en su cruel tormento;
Este es el Dios que al pueblo mexicano
Tendió benigno la esforzada mano.

XXII.

Su dedo augusto señaló el instante
Y el sitio bello en que reinar debia
El Dulce amor, y la Piedad amante
Verter su copia generosa y pía;
Aquella copia rica y abundante
De paz y vida, y dicha y alegria
A los humanos tristes y aflijidos,
Y de graves miserias oprimidos.

XXIII.

Brillaba á su derecha colocada
Con todo el esplendor de su grandeza
La Reina Celestial, tan celebrada
Del mismo Dios en sin igual belleza:
Su vestidura de oro recamada
No iguala ni con mucho á la riqueza
De las sublimes prendas interiores,
Que acrecentan del cielo los fulgores.

XXIV.

Están del Rey Eterno á su mandado
Las angélicas turbas obedientes;
Lo que ordena es al punto ejecutado,
Cuanto quiere practican diligentes;
De su semblante hermoso y agraciado
Al revolver las luces refulgentes
Su voluntad espresa, y al momento
A su placer responde el firmamento.

XXV.

A este modo en la tierra al miserable
Que implora su favor, muestra el camino
De la virtud, y donde está la amable
Felicidad, su gloria y su destino:
Una mocion sagrada é inefable
Procede al pronto de su ardor divino,
Y alienta y reanima la esperanza
Y á su sombra el mortal todo lo alcanza.

XXVI.

¡Oh tres y cuatro veces venturoso
El que su nombre invoca reverente!
Dulce al oído y suave y armonioso
Mueve á placer el corazon doliente:
Cesa el dolor y el duelo lamentoso,
Huyen la guerra, la hambre, el pestilente
Contagio abrasador, y pavorido
Treme el infierno al celestial sonido.

XXVII.

Ninguno que imploró su valimiento
Vió su esperanza alguna vez perdida;
Mortal alguno tuvo el sentimiento
De no encontrar en su piedad cabida:
Tal es del pecho suyo el ardimiento,
Que á la voz del dolor enternecido
Ahuyenta y deja en júbilo trocado
El triste lloro apenas comenzado.

XXVIII.

No así despues de la tormenta escura
Los conturbados ánimos recrea
Con tan bello esplendor la lumbre pura
De la radiante lámpara febea;
Ni el iris de admirable arquitectura,
Que al través de la nube centellea
Con viso vario de color diverso
Tan dulce calma anuncia al Universo.

XXIX.

A la señal del Padre Omnipotente
La poderosa Reina una mirada
Dirigió al Tepeyác, y derrepente
Se conmovió la celestial morada:
Tepeyác conclamaba dulcemente
La gloriosa mansion alborozada,
Y eco al sonar la acorde vocería,
Tepeyác, con cien lenguas repetia.

XXX.

Como una hora hácia el Norte en la llanura
De la opulenta México apartado
Su cumbre eleva á no pequeña altura
Aquel estéril y áspero collado;
Allí Tonantzi inexorable y dura
Ejercia su imperio depravado,
Y allí insensato el pueblo la adoraba,
Y sus tiernos nacidos inmolaba.

XXXI.

Nunca tuvo lugar en su presencia
La compasion amante y generosa,
Siempre estaba el furor de inteligencia
Con la impiedad de la implacable diosa:
Al triste en derredor de la eminencia
Andaba siempre vaga y lagrimosa,
Los fieros sacrificios recordando
La voz terrible del dolor infando.

XXXII.

Allí continuamente resonaban
Lastimeros y lúgubres gemidos,
De infelices humanos, que espiraban
A duros golpes del puñal heridos;
Y aquel rumor horrendo que formaban
Con los medrosos ecos desprendidos
De las salvages rocas á los llanos,
Aterraba á los pueblos mexicanos.

XXXIII.

Eran ellos no obstante los autores
Del miserable estado en que yacian;
Temblaban de los dioses los furores,
Y los furores propios no temian:
Tiranos de sí mismos y opresores
Las sangrientas escenas repetian
De esta suerte, y con tantas crueldades
Realizando el furor de sus deidades.

XXXIV.

Así el hombre infeliz y desgraciado
Se burla de sí propio, así se engaña
Cuando no es de los cielos ayudado,
Y su divina luz no le acompaña:
Todo lo vé al revés, y en todo errado,
Con una ciencia á la verdad estraña,
Se da á buscar incauto en casos tales
El remedio del mal en otros males.

XXXV.

Pero pasó ya el tiempo borrascoso,
Y se cubrió la tierra de alegría;
Roto en do quier el yugo ignominioso
De la infernal y atroz idolatría:
Por donde quiera espléndido y glorioso
El triunfo de la Cruz resplandecia,
Y á luego el Tepeyác su altiva frente
Ornó de gloria y gozo permanente.

XXXVI.

Mirólo apenas de su escelso asiento
La Reina Celestial, cuando su cumbre
De espíritus mas rápidos que el viento
Vino á ocupar inmensa muchedumbre:
De blancas nubes pareció al momento
Un rico sólio de esplendente lumbre,
Y en él circuida de una nueva Aurora
De cielo y tierra la inmortal Señora.

XXXVII.

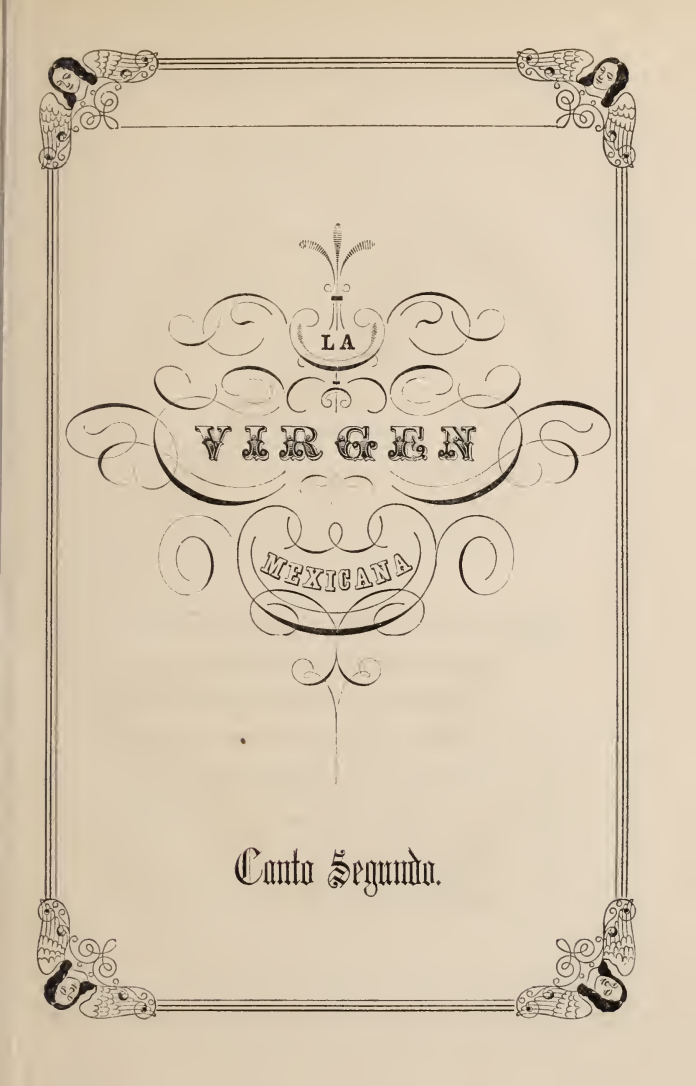
Diestramente los Angeles pulsaban
Las ricas cuerdas de sus arpas de oro,
Y á los sublimes tonos apañaban
La dulce voz de su cantar sonoro:
Las matutinas auras revolaban
En rededor del jubilante coro,
Y desde allí bajando placenteras,
Triscaban á compás en las praderas.

XXXVIII.

Y el pájaro cantor de cuando en cuando
Recorria los puntos armoniosos
De su escala acromática, exhalando
Dulcemente sonidos melodiosos:
Al Oriente subia reflejando
Un débil resplandor, y aun los radiosos
Cándidos fuegos de sus luces bellas
Mostraban en el cielo las estrellas.

XXXIX.

Parecia á su vez haber trocado
Su mústia rigidez en alegría
El númen invernal, era templado
Y agradable el frescor que difundia:
Sereno estaba el cielo y despejado,
Tranquilo el Orbe, y un hermoso dia,
Fausto y alegre, á la progénie indiana
Anunciaba la próxima mañana.



Canto Segundo.

I.

Lleno el pecho de ardor, con la presteza
De aquel afecto tierno y fervoroso,
Que del Señor Eterno la grandeza
Inspira al hombre humilde y religioso,
Camino á Tlaltelhoc, en la aspereza
Tocaba ya del cerro misterioso,
Pobre indigena al que confiar queria
Un gran mensage la inmortal María.

II.

Era su nombre Juan; era de obscuros
Y humildes macehuales procreado,
De grande fé, de pensamientos puros,
Y de ricas virtudes adornado:
Al rudo afan, á los trabajos duros
Del ejercicio agrícola entregado,
En Tolpetlac su vida laboriosa
Pasaba al lado de su casta esposa.

III.

Que un dia oyendo al orador cristiano
Las gracias ponderar y la hermosura
De aquella gran virtud que al pecho humano
Infunde nuevo ser, nueva natura,
La castidad de orígen sobrehumano,
Como el ángel de Dios, cándida y pura,
De su beldad de suerte se agradaron,
Que en adelante intacta la guardaron.

IV.

Ocupado traía el pensamiento
Del gran misterio que del orbe entero
Borró la iniquidad con el tormento
Del Hombre Dios clavado en un madero;
Divino y encumbrado sacramento,
Y sacrificio real y verdadero,
Que la Iglesia renueva en cada dia,
De paz, incruento, y de sin par valía.

V.

Iba el piadoso Juan tan embebido
En estos pensamientos, tan ansioso
De llegar á su término querido
Y presenciar el culto religioso,
Que del mismo deseo enardecido,
Acelerando el paso cuidadoso,
Una aérea imágen figuraba,
Que la estéril ladera atravesaba.

VI.

Derepente la esfera se ilumina
Y la anchurosa tierra se embellece
Al vivo fuego de una luz divina
Que en do quier centellea y resplandece:
Del salobre Texcoco la neblina
Fugitiva en el aire desparece,
Y la alba que asomaba en ese instante
Cedió á esta luz mas bella y mas radiante.

VII.

Sonaba al mismo tiempo encantadora
De las celestes arpas la armonía,
Y del Empíreo la immortal cantora
Los himnos de la gloria repetia:
Nunca una voz se oyera tan sonora,
Nunca el mortal oyó tal melodía,
Ni concento tan suave y espresivo
Fingió en sus dioses el cantor Argivo.

VIII.

Como suele de noche el caminante
Ansioso de llegar á su destino
El cielo contemplar de uno á otro instante
Computando lo largo del camino,
Mas cuando vé la hermosa y rozagante
Naciente luz del astro matutino,
Olvida su impaciencia, atentamente
Parado á contemplar el rico Oriente,

IX.

Y al escuchar el canto no aprendido
De las aves que entonan la alborada,
Dejando alegres el sabroso nido
De la vecina selva en la enramada,
Se queda como estático, perdido
En la grandiosa escena comenzada,
Hasta que el sol se eleva magestuoso
Y descubre su disco luminoso;

X.

Así del gran suceso no esperado
Y del placer mas puro sorprendido
Quedó el humilde Juan enagenado,
Inmoble y como fuera de sentido:
Tenia en su semblante retratado
El dulce gozo á la sorpresa unido,
Y vuelto á la vision que lo ocupaba
Señal alguna de temor no daba.

XI.

Como de blanca nieve en la alta frente
Del enriscado monte aparecia
Una graciosa nube transparente,
En cuyo centro el iris relucia:
En su fondo circuida ricamente
De los rayos del sol, se descubria
Aquella Vírgen tan hermosa y pura,
Que no hay quien se le iguale en la natura.

XII.

¡Oh quién pudiera con primor hablando
Las gracias bosquejar de su belleza!
¡Quién de sus labios imitar cantando
La dulce voz, y la sin par terneza!
Tú que sus prendas plácida acordando
Memoria fiel, animas mi flaqueza,
Acude pues, recuérdame un momento
La imágen suya y su divino acento.

XIII.

Su manto azul de estrellas salpicado
De la cabeza hasta los piés bajaba,
Y el carmin del vestido, recamado
De mil doradas flores, realzaba:
Debajo de sus plantas eclipsado
El astro de la noche se miraba,
Como al cuarto primero, en su creciente,
Aparece colgado al Occidente.

XIV.

Mas abajo sus alas estendia
De esquisito matiz y colorido
Un ángel de elevada gerarquia,
A un hermoso mancebo parecido:
Levantando sus brazos sostenia
Por ambos lados, del talar vestido
La fimbria bella, que plegaba airosa
Sobre los piés de la Sagrada Diosa.

XV.

De aquella siempre bella y agraciada,
Sin mancha de pecado concebida,
Por el saber de todo un Dios formada,
Por el amor de todo un Dios querida;
De Abisai la hija hermosa celebrada
Entre miles de miles escogida,
Edisa de belleza incomparable,
Ni tan graciosa fué ni tan amable.

XVI.

Mezclaba en su semblante despejado
La noble magestad con la dulzura,
La honesta timidez con el agrado,
Y el pudor virginal con la hermosura:
Cuando despues del hórrido nublado
Rie en los cielos la comun ventura,
No es tan alegre en la radiante esfera
Serena y pura la eternal lumbrera.

XVII.

Cual de ébano bruñido su cabello
En la espaciosa frente resaltaba,
Y á un lado y otro del enhiesto cuello
En delicadas ondas deslizaba;
Su rostro afable el claro-obscuro bello
De jovencita indiana congraciaba,
Y partia su boca primorosa
La púrpura encendida de la rosa.

XVIII.

Del labio suyo el sonoroso acento
De negro horror la tempestad serena,
Y hace callar en su ímpetu violento
La voz del huracán que al orbe atruena;
Suave y alegre, de eternal contento
Cielos y tierra prodijiosa llena,
Como el grato sonido y la armonía
De la sublime y docta sinfonía.

XIX.

Era dulce, tranquilo y agradable
El mirar de sus ojos, espresivo
De la amante piedad inalterable
Que reposa en su pecho compasivo:
El dulce amor, la caridad amable
Es de su escelso ser el distintivo,
Que al volver sus pupilas celestiales
En dulce amor enciende á los mortales,

XX.

De su sagrado aspecto difundia
Rayos de luz tan vivos, tan divinos,
Que de oro fino todo aparecia,
Las rocas, los abrojos, los espinos:
En cuanto la ancha vega se estendia,
Y hasta en los altos montes convecinos
El oro de su luz reverberaba
Y con ricos destellos reflejaba.

XXI.

Así el dichoso neófito, cercado
De inmensa claridad, profundamente
Con la hermosa vision embelesado,
Revolvia mil cosas en su mente:
¡Cuántas veces, decia, no he cruzado
Por este sitio, y ni soñadamente
Imaginé jamas tantas grandezas
Donde no hay sino riscos y malezas!

XXII.

Cosas veo de mí tan ignoradas,
Que mal pudiera el corazon fingirlas;
Hora están á mi vista realizadas,
Y ni puede la mente concebirlas:
Dispierto estoy, no son imaginadas,
No alcanza con su ciencia á prevenirlas
El diestro encantador, ni llega á tanto
Todo el poder del reino del espanto.

XXIII.

Mientras tales ideas ocupaban
El pensamiento suyo, claramente
Oyó que por su nombre lo llamaban
Del centro de la luz resplandeciente;
Y aunque en do quier cubrian y cerraban
Aridas peñas la áspera pendiente
Del alto cerro, al dulce llamamiento
Trepó la cuesta con bizarro aliento.

XXIV.

Pronto en la cima pareció afanoso
Del gran portento la verdad palpando,
Atento mas y mucho mas ansioso,
Sus peregrinas formas admirando:
Postróse en tierra humilde y respetuoso
A la sublime Reina venerando
Con limpia voluntad, con fé sincera,
Y la Reina le habló de esta manera:

XXV.

Hijo Juan, hijo mio muy querido,
A quien amo por tierno y delicado,
¿A dónde vas? y el indio asáz rendido,
Tal como estaba ante sus piés postrado,
Niña mia y mi dueño esclarecido,
Me voy á Tlaltelhoc, voy al sagrado
Sacrificio inefable de la misa;
Y es tiempo ya, y el tiempo me precisa.

XXVI.

Y la Reina: Yo soy la siempre pura
Madre del Dios que fabricó del cielo
De esquisito saber la arquitectura;
Que con igual saber hizo este suelo,
El ancho mar y toda criatura,
La luz del claro sol, y el negro velo
De la noche, que en todo está presente,
Como que no hay sin él ningun viviente.

XXVII.

Escucha pues: en este sitio quiero
Que un templo se me labre, una morada
Do el que me busque con amor sincero
Siempre á su ruego me hallará inclinada:
Yo enjugaré su llanto lastimero,
Y será su congoja disipada;
Y en su defensa le daré acojida
En los duros vaivenes de la vida.

XXVIII.

Madre tuya y de todos tus iguales,
Y de cuantos imploren mi clemencia,
En bienestar convertiré sus males,
Y nacerá la dicha á mi presencia;
Yo soltaré los ricos manantiales
De las aguas del cielo, y su influencia
Hará brotar en campos abrasados,
De pingües frutos fértiles sembrados.

XXIX.

Vendrá tal vez cual hórrida nubada
De mónstruos fieros de afilados dientes
Hambrienta plaga á devorar airada
La blonda mies de espigas relucientes;
Mas yo echaré á los montes la bandada
De los armados mónstruos, y obedientes
A la órden mia pegarán sus bocas,
Mal que les pese, en las musgosas rocas.

XXX.

Si algun dia los rios caudalosos
Con las continuas lluvias aumentados
Revolviéndose en olas espumosas
Salieren de sus cauces desbordados;
Si anegar amenazan orgullosos
Cabañas y pastores y ganados,
Yo agotaré el caudal de su creciente,
Yo enfrenaré su rápida corriente.

XXXI.

No reinará ni la hambre desequida
Que de hombres infelices se alimenta,
Ni la peste inhumana y homicida
Que aire de muerte en rededor alienta:
No la guerra feroz embravecida
Que aduna sus cadáveres sin cuenta,
Que luego que me invoque el pueblo amado
Cesarán á la voz de mi mandado.

XXXII.

En mí hallará consuelo el aflijido,
Plácidos goces en lugar de penas;
Y al hombre de pecado arrepentido,
Yo romperé las hórridas cadenas:
En mí el Señor ha puesto complacido
Las ricas fuentes y abundantes venas
De virtud y de gracia; en mí se afianza
De gracia y de virtud toda esperanza.

XXXIII.

Parte á México, pues, querido mio,
Y acércate al Obispo: hazle presente
El grande objeto de mi afecto pío,
Cuanto has visto y oído espresamente:
Dirásle que yo soy la que te envio,
Cuál es mi voluntad, cuán escelente
Es el honor y el bien que le depara
El alto cielo al que de mí se ampara.

XXXIV.

Dijo: y de todo punto entusiasmado
De verse en grado tal favorecido,
Nuevamente á sus plantas humillado,
Mostróse el tierno Juan agradecido:
Dispuesto ya á marchar á su mandado
Sintiendo el pecho suyo enardecido
Con un mensage de tan grande estima,
Dejó al momento la fragosa cima.

XXXV.

Cual suele de los montes descendiendo,
Cruzar violenta posta la llanura,
Que un instante á la vista apareciendo
Desparece en el otro su figura;
Y si se van sus huellas inquiriendo,
Se vé que ni ha rozado la verdura,
Y como ave en el eter cristalino
Que ni rastro dejó de su camino;

XXXVI.

Así el ligero indiano atravesaba
El ancho Valle, tal que parecia
O que en alas del viento cabalgaba,
O que en el raudo vuelo le escedia:
Apenas su carrera comenzaba
Cuando ya de la vista se perdia,
Que listo amor su pecho iba fogueando
Y á cada paso nuevo impulso dando.

XXXVII.

Hallábase todo él tan conmovido
Con el placer de la vision sagrada,
Que formas mil de vario colorido
Adaptaba á su imágen venerada:
De piadosos afectos combatido
Procurando dar fin á su embajada,
Ansioso de tornar á la eminencia,
Redoblaba su esfuerzo y diligencia.

XXXVIII.

Como el tierno amador que siempre lleva
Fijo en su mente el plácido semblante
De su amor, lo retoca y lo renueva
Con pincel cada vez mas elegante,
Y aquel placer y júbilo que prueba
No le deja parar ni un solo instante,
Y se afana en sálir de todo empeño
Para tornar á su querido dueño;

XXXIX.

Tal era su aptitud, tal la viveza
Del genio suyo dulce y apacible,
Tan grande su constancia y su firmeza,
Y tanto así su corazon sensible:
De tal manera, en sin igual presteza
Llevado de un impulso irresistible,
Arribó sin tropiezos ni estravíos
A la ciudad de inmensos caseríos.

Canto Tercero.

Canto Tercero.

I.

Risueño el sol, espléndido y lumbroso
Sobre las altas cumbres se elevaba,
Cuando el ardiente neófito ufanoso
Del santo Obispo en la mansion entraba:
Yerta quietud, silencio misterioso
Profundamente en su interior reinaba,
Con rica variedad de inspiraciones
Escitando mil gratas sensaciones.

II.

La dignidad del alto personage
Que allí moraba, y su piedad notoria,
La virtud y el ejemplo, el homenage
Debido á tanta prenda y tanta gloria,
La religion en fin, cuyo lenguaje
Es puro al par de su divina historia,
Todas estas ideas se adunaron,
Todas juntas á un tiempo le asaltaron.

III.

Pero temor ninguno le arredraba
El noble corazon; por el contrario,
Conforme paso á paso se internaba
Sentia un movimiento estraordinario:
El dulce amor del bien que procuraba,
Un placer religioso, alterno y vario
De humilde devocion ó de ternura,
O de piedad, ó de confianza pura.

IV.

Mas ¿qué mortal no halló contradicciones
En los grandes sucesos de la vida?
¿No brotan del infierno las pasiones?
¿No forman en el hombre su guarida?
¿Del sumo Dios en los supremos dones,
Acaso es la razon mas detenida?
¿O la saña de aquel que locamente
Pensó igualarse al Ser Omnipotente?

V.

¿Quién vió jamás del báratro profundo
Pasivo, inerme en obras tan grandiosas
Al rey protervo, cuyo trono inmundo
De entre furias se eleva sanguinosas?
¡Ay! que en su campo de batalla, el mundo,
Sus máquinas moviendo tenebrosas,
Con rudo empeño, con esfuerzo impío
Al mismo Dios disputa el poderío.

VI.

Ya con astucia pérfida y dañina
Representa bordado de colores
Hechicero pensil en que domina
Gallarda rosa en plácidos verdores:
Mas ¡ay! quien llega, quien allí imagina
Descanso hallar en las pintadas flores,
Que oculto el áspid yace entre la yerba,
Y le causa la muerte mas acerba.

VII.

Ora es un leon que vaga embravecido,
Desgreña con la garra su melena,
Lame el labio de sangre reteñido,
Y en su maligna fiebre se enagena;
Recorre diligente el ancho egido,
Y ronda el bosque, y de pavor lo llena
Buscando á quien tragar, con viva saña
Estremece á rugidos la campaña.

VIII.

Ora en horrible sombra trasformado
Cobija el ancho mundo, y tal parece
Que en densa niebla el hombre rebujado
Ni distingue el horror ni lo aborrece:
Ora de bellas luces circundado,
Como el ángel del cielo resplandece,
A cada cual mostrándose propicio,
Y á cada cual zanjando un precipicio.

IX.

De mil maneras cambia de figura,
Y en cada vez su idioma es diferente;
Del gran saber imita la cordura,
Y es siempre en el parlar grandilocuente.
Diestro orador, persuade con finura
Cuanto halaga el sentido, cautamente
Como virtud el crímen presentando,
Y el negro error con la verdad mezclando.

X.

Así el oro esclaviza á un avariento,
Así al orgullo, la humanal grandeza,
Que es bien amontonar para un evento,
Y no es un mal que luzca la nobleza;
El oro vil corrompe el sentimiento
De la virtud, el oro la belleza,
Con el oro es el hombre respetable,
Pero sin él absurdo y despreciable.

XI.

Hombres se ven sin lustre y ascendencia
Cuyo espléndido trage y lucimiento,
Les adquiere una injusta preferencia,
Y atencion y agasajo y rendimiento;
Pero que muestre alguno la excelencia
De la virtud, ó el claro nacimiento,
Si pobre, si plebeyo es su vestido,
Es por esa razon desatendido.

XII.

De manera tan vil usó el preciado
Ruin capataz de la hórrida morada
Para oponerse al eternal mandado,
Para iludir del cielo la embajada:
Pintó á los familiares del prelado
Tan humilde, tan pobre y desairada
La persona de Juan, que su presencia
Provocase una fiera indiferencia.

XIII.

Y cual suele un altivo cortesano
La dulce voz, el comedido acento
Insensible escuchar del pobre humano
Que á su favor acude y valimiento,
Así al arribo del virtuoso indiano
Y al escuchar su noble pedimento
Los duros familiares se mostraron
Y con alto desprecio lo trataron.

XIV.

Instaba sin embargo blandamente
Y con dulces palabras, discurriendo
Su gracia merecer, sencillamente
Lo grave del asunto encareciendo:
Por piedad, les decia, haced presente
Al venerable Obispo, que obteniendo
De su bondad que le hable un solo instante
Le diré de un favor sin semejante.

XV.

Mas nada por desgracia adelantaba,
Que ninguna atencion les merecia,
Y cuanto mas atento se mostraba
Tanto mayor desprecio recibia.
Su corazon ya apenas palpitaba
Y ya en su rostro ingenuo aparecia
La espresion del dolor y la tristeza,
Y de todo culpaba á su pobreza.

XVI.

En actitud tan fiera repasando
Ideas mil contrarias á su objeto,
Iba en frio estupor degenerando
Del pecho suyo el natural respeto;
Luego empero su mente levantando
De la vision al celestial sugeto,
La plácida alegría recobraba
Y á las humildes súplicas tornaba.

XVII.

Una dulce sonrisa levemente
En sus modestos labios rebullia,
Mas su espresion amiga y complaciente
A los duros contrarios ofendia:
El ultrage y la sátira insolente
Cada vez mas y mas se encrudecia,
Que de esta suerte contrastaban ellos
Su trato humilde y sus modales bellos.

XVIII.

Y aunque así se aumentaba la insolencia
De un tal reproche, tan indigno y feo,
Desplegaba una invicta resistencia
Afianzado en la fuerza del deseo:
Al modo que resiste en la eminencia
Del Péloro y el alto Lilibeo
La antigua roca siempre victoriosa,
Del huracan la saña estrepitosa.

XIX.

¡Oh constancia! ¡oh virtud inalterable,
Probada siempre pero no vencida!
A tu lado es el hombre incontrastable,
Tú coronas su frente esclarecida;
Solo á tí su valor es comparable,
Su gloria toda solo á tí es debida,
Que el hombre no consigue bien alguno
Si no es constante así, y aun importuno.

XX.

Como de duro mármol las canteras
Se gastan con las lluvias continuadas,
Al modo que se amansan las panteras
Continua y blandamente acariciadas;
Así el indiano Juan con sus maneras
Al temple de su pecho acomodadas,
Gastó de sus contrarios la dureza
Y amansó de sus génios la fiereza.

XXI.

Diéronse ellos al cabo por vencidos,
Que ningun otro arbitrio les quedaba
Para aliviar sus pechos ofendidos
Con el molesto afan que les causaba,
Que en todos sus ataques mas reñidos
Así el virtuoso indiano se mostraba,
Cual muro que revuelve despuntados
Los dardos contra él mismo disparados.

XXII.

Cambióse derepente en su semblante
Del altivo desden el rudo ceño,
Y la burlona sátira insultante
En estilo mas grato y halagüeño:
Cada vez era ya mas importante
Del pobre embajador el noble empeño,
Y así al prelado ilustre lo anunciaron
Y con falso placer lo presentaron.

XXIII.

Era el pastor sagrado abastecido
De grande discrecion, de grande ciencia,
En los graves negocios detenido,
Como hombre de saber y de prudencia.
Era amable ademas, y destituido,
Su corazon dotado de clemencia,
Del fiero que acompaña al poderoso,
Era humano, accesible y generoso.

XXIV.

Arrojóse á sus piés el mensajero,
Y con el fuego que en su pecho ardia,
Hijo de inspiracion, habló el primero
Rompiendo en alabanzas de María.
Contó despues, ingenuo y verdadero,
Entre emociones suaves de alegría,
El caso singular acaecido
Y el mensage del cielo recibido.

XXV.

Todo en él claramente figuraba
Al hombre de verdad: nada ocupado
De oculta prevencion, manifestaba
En su decir su corazon honrado;
Que así sus bellas prendas retrataba
Como el arroyo manso y sosegado
Representa en su fondo á maravilla
El claro cielo y la tranquila orilla.

XXVI.

Pero el mismo tenor de la embajada
Anunciaba un peligro, y el momento
De una sorpresa acaso fabricada
De ilusiones forjadas al intento:
La razon del buen juicio aconsejada
Exigia gran calma y miramiento,
Que aunque no haya señales de impostura
Nunca obra bien el que obra sin cordura.

XXVII.

Y si en el modo llano y candoroso
Con que un mensaje tal se referia,
Aquel prelado sabio y religioso
Maquinacion ninguna descubria,
Era el caso por cierto tan pasmoso,
Tan ageno de un indio parecia,
Que entre opuestas razones vacilaba
Y de nuevo el exámen comenzaba.

XXVIII.

Así el sagaz filósofo esplorando
La luz de la verdad que ansioso anhela,
Se arguye y se responde, contrariando
Aquello porque tanto se desvela;
Y aun cuando ya su brillo está palpando,
Del propio juicio tímido recela,
Por lo grave y dificil del asunto,
Y analiza otra vez punto por punto.

XXIX.

Mas era tarde ya, y era forzoso
Despachar al enviado; y revestido
De ingenua magestad, no es dijo ocioso
Que vuelvas al lugar de do has venido;
Que indagues el suceso cuidadoso
Y mas que nunca cauto y advertido,
Que hay pinturas de raras invenciones,
Pero todas no son sino ficciones.

XXX.

Tú no entiendes sin duda lo bastante,
Pero haz con diligencia cuanto digo;
Infórmate mejor, y en adelante
Podrás tornar á consultar conmigo;
Que aunque seas el hombre mas amante
De la verdad, tú solo eres testigo,
Y asunto como es este tan grandioso
Es por eso el mas árduo y peligroso.

XXXI.

Así sin ofender tan duramente
Ni exasperar al pobre mexicano,
Lo despidió, creyendo consiguiente
Su regreso mas tarde ó mas temprano;
Sintiólo Juan, mas le era conveniente
Despues de un dia de trabajo en vano
Sin demora partir á su destino
Y emprendió acelerado su camino.

XXXII.

De no pequeña pena atravesado
Llevaba el corazon, al ver perdido
Su tiempo, su trabajo desechado
Y sin crédito él mismo despedido:
De su vergüenza solo acompañado,
A fuer de un hombre vago y distraido,
De la ciudad salia á largo paso
Cuando el sol se inclinaba hácia el Ocaso.

XXXIII.

Entretanto del cielo la Señora,
De espíritus alados cortejada,
Esperaba benigna en aquella hora
Del mensagero suyo la llegada:
Su vista perspicaz y esploradora
Hasta la mas remota y apartada
Region del bello Anáhuac estendia
A do el culto gentil se mantenia.

XXXIV.

O ya en profundas cuevas pavorosas,
O ya en incultas selvas escondido,
Do el silbar de las sierpes escamosas
Y de salvages fieras el aullido
Tornábanlas mas tristes y espantosas
Al idólatra ciego, que atraido
De infanda devocion, se acomodaba
Con el pálido horror que dominaba.

XXXV.

Desde allí descubria los poblados,
Y en los bosques cabañas esparcidas,
Cordilleras inmensas de collados
Y llanuras desiertas y estendidas;
Rios y lagos, valles ignorados
Do yacian en lóbregas guaridas
Las informes deidades adoradas
De las gentes ilusas y engañadas.

XXXVI.

A su vista de Anáhuac parecia
El inmenso circuito reducido
A un pequeño paisage, nada habia
A sus ojos lejano ni escondido;
Y la Reina inmortal se enternecia
Al mirar tanto pueblo sometido
Al duro imperio del que asaz tirano
Causó la ruina del linage humano.

XXXVII.

Flotaba en donde quiera el estandarte
De la Cruz, que evangélicos obreros
Conducian en triunfo, con tal arte
Que arrastraba tras sí pueblos enteros;
Mas el ángel protervo por su parte
Procuraba obstruir los derroteros,
Y aterrar los sencillos corazones
Con horribles espectros y visiones.

XXXVIII.

Empero ¡Oh musa! deja tú estas cosas
A algun ilustre vate que las cuente,
Con las graves empresas religiosas
Y combates y triunfos juntamente;
Y cómo allá en las simas cavernosas
Resonaba la voz omnipotente
Del sagrado ministro, y á su acento
Retemblaban en su hondo fundamento.

XXXIX.

Y deshechos los rudos pedestales
Hasta el fondo rodaban del abismo
Las inmundas deidades infernales
Que adoraba insensato el gentilismo;
Y sonaban lamentos funerales,
Y crujia de espanto el orco mismo,
Y el horrendo estridor de mil maneras
Imitaba el estruendo de las fieras.

XL.

Grandes cosas son estas ciertamente,
Dignas de prez y de inmortal memoria,
Aunque no es del valor del combatiente
Mas del hábil caudillo la victoria:
Canten pues otros oportunamente
De tan fuertes varones la alta gloria,
Que si tambien el cielo los movia,
Yo solo canto á la sin par María.

XLI.

Nada á esta invicta Reina se ocultaba,
Y al ver sucesos tales, conmovido
Su tierno corazon, se recreaba
Con el glorioso triunfo conseguido;
Pero aun en sitios varios dominaba
La vil supersticion, y aun abatido
El pueblo infiel, de su deidad inmunda
Sujeto andaba á la fatal coyunda.

XLII.

Y la Madre de Dios una mirada
De compasion tornando al desdichado,
Esto dijo ha de ser: será aquí dada
La gloria á Dios, y el pueblo libertado;
Aquí será mi templo, y colocada
En medio de este pueblo infortunado
Descansará á mi sombra protegido
De esa crüel que tanto lo ha oprimido.

XLIII.

¿Y quién su enojo impune ha provocado,
Y á quién no fué su esfuerzo irresistible?
En ocasiones mil, solo invocado,
Al ya rendido lo tornó invencible;
Semejante á un ejército ordenado
A punto de batalla, y mas temible
Con el solo terror que ha difundido
Numerosas escuadras ha vencido.

XLIV.

Y una vez para siempre victoriosa
La testa holló del que triunfando fiero
Del hombre, en su derrota lastimosa
Señor del orbe se llamó altanero:
Su presencia, de entonces ominosa
Es al tirano y su escuadron artero,
Que huyen así cual suele á la alborada
De las nocturnas aves la bandada.

XLV.

Y hora por mas que pugne el insolente
Para estorbar el pronto cumplimiento
De la órden celestial, inútilmente
Trabajará por alcanzar su intento.
Roto en do quier su imperio prepotente
Ya mas no reinará, llega el momento
Por el Supremo Rey de lo criado
En su alto consistorio decretado.

LA VIRGEN MEXICANA

Canto Cuarto.

I.

Allende las montañas descendido
Habia el sol, vibrando de Occidente
Sus rayos de carmin tan encendido
Que envidiaran las rosas del Oriente:
A lejanas distancias difundido
Su resplandor, cubria suavemente
El bello azul del cóncavo del cielo,
Cual de escarlata trasparente velo.

II.

Como iba el gran planeta adelantando
Por el bajo horizonte, en su fogoso
Precipitado carro, iba cambiando
El aspecto del cielo luminoso:
Como iba en nuevo Oriente levantando
El manto de la noche tenebroso,
Perezosa la tarde iba cayendo
El opaco sereno difundiendo.

III.

Ya en la rústica peña encaramado
El solitario buho comenzaba
El mísero plañir acostumbrado,
Que en el hondo silencio retumbaba:
Con vuelo ya rastrero ya elevado
Por la aerea region se retiraba
El bando de las aves á sus nidos
Que en los bosques tenian escondidos.

IV.

Tocaba Juan entonces de regreso
El fin de su camino soledoso,
Llevando empero en su semblante impreso
El signo fiel de un ánimo quejoso:
Todo ocupado del fatal suceso
De la ciudad, y el trato desdeñoso
Que recibido habia indignamente,
Variaba de actitud alternamente.

V.

Como de gran temor sobrecogido
Mirábase el cuitado al acercarse
Al Tepeyác, inquieto y afligido
Con variedad de afectos divagarse.
¿Cómo contar el caso sucedido?
¿Cómo á la augusta Reina presentarse?
Sin saber resolverse así pensaba
Y el inocente pecho atormentaba.

VI.

Y ya el ligero paso suspendia
De su propia ilusion acobardado,
Y ya con nuevo ardor lo proseguia
De superior impulso arrebatado:
Paso á paso otras veces discurria
Al parecer rendido y fatigado,
Hasta que al fin con plácida sorpresa
Vió derepente á la inmortal Princesa.

VII.

¿Y quién al ver su rostro peregrino,
Y al mirar de sus ojos celestiales
No halló al momento en su fatal destino
El dulce alivio de sus crudos males?
Adornóla el Señor y la previno
Con gracia tal en pro de los mortales,
Que si una vez la mira el afligido
Es de su amor al punto socorrido.

VIII.

El gozo puro á que el mortal se entrega
Al reir del alba tras la noche umbría,
No es comparable ni con mucho llega
Al que en su enviado difundió María.
Cual fresca lluvia que las plantas riega
Mústias y lácias del ardor del dia
Y les da nuevo ser, nuevo incremento,
Así la Diosa al neófito el aliento.

IX.

Que listo entonces cual si entonces fuera
De algun enorme peso descargado,
Tornó á seguir la rápida carrera,
Con su presencia célica alentado:
Llegóse en fin, y cual la vez primera
Ante sus régias plantas humillado,
No sin mostrar la pena que sentia
En calma paz tranquilo le decia:

X.

Hice ya, Niña escelsa y Reina amada,
Cuanto tuviste á bien encomendarme;
Llevé al señor ilustre tu embajada,
Y al fin benigno se dignó escucharme:
No fué empero mi súplica otorgada,
Y seria tal vez porque al mirarme
De condicion tan vil, tan pobre y rudo,
De algun engaño sospecharse pudo.

XI.

Que en asunto tan grave y delicado
Un hombre como yo ¿qué representa?
Por lo comun se mira despreciado,
Si otra cosa, Señora, no se intenta.
Yo me partí gustoso á tu mandado,
Y vuelvo á tí, que á fuerza descontenta
Has de quedar mirando tu deseo
Despreciado tambien cual yo me veo.

XII.

A lo que en él noté, yo he colegido
Por las muchas preguntas que me hacia,
Que crédito ninguno he merecido,
Que me tuvo por hombre de falsía:
Creyó que tu mensage era fingido,
Que la órden tuya no era sino mia,
Pues me mandó tornase á visitarlo
Para entonces de raiz escudriñarlo.

XIII.

¿Y qué has de hacer, Señora? Por mi parte
Yo te ruego despaches al momento
Persona mas ilustre y de mas arte,
Porque no es para mí tan arduo intento:
Y perdóname ¡Oh Reina! si enojarte
Puede tal vez mi torpe atrevimiento,
O si acaso he faltado en mi rudeza
A lo mucho que debo á tu grandeza.

XIV.

Diciendo así, quedóse atentamente
A la Reina del cielo contemplando
En ademan humilde y reverente,
Un nuevo órden de cosas esperando;
Mas no fué así, que bondadosamente
La Reina sus razones disculpando
Sus temores calmó, llamólo de hijo,
Y con voz apacible así le dijo:

XV.

El cielo, donde habita el Poderoso
Eterno Criador, es mi morada,
Y está cabe su trono magestuoso
La silla de mi asiento colocada:
Yo soy allí del escuadron glorioso
De espíritus sin número acatada,
Y obedecen mi voz, y van volando
Por donde quier al punto que los mando.

XVI.

Y dichosa me aclaman las naciones,
Y los grandes y nobles potentados
Vienen á mí con ricas oblaciones
De profundo respeto penetrados;
Y dichosos en tales ocasiones
Se dijeran á ser de mí ocupados,
Porque en todo lugar y en toda gente
Hízome grande el que es Omnipotente.

XVII.

De tales personages me valdria
Para al cabo llevar mi mandamiento,
Que un instante á los unos bastaria
Y á los otros no habria impedimento:
Mas esta empresa á tí se te confia,
Y no será menor tu lucimiento,
Que has de saber que escede á la riqueza
La virtud, que ennoblece á la pobreza.

XVIII.

Vuelve pues al Obispo, ten sabido
Que serán mis promesas efectivas;
Que cercano está el tiempo prefinido
En el que el premio y galardon recibas:
Verás el negro error, que desparcido
Ante la luz, en sombras fugitivas
Se hunde veloz en su mazmorra obscura
Y triunfa la verdad de la impostura.

XIX.

Y ¿qué mortal, por tímido que sea,
No recobra el valor, no se enardece
De ver que el cielo al fin de la pelea
La hermosa palma al vencedor ofrece?
¿No ves, no ves que el rayo centelléa,
Y que luego en tronando desparece?
¿O que en pasando la tormenta fiera
Luce mas bella la radiante esfera?

XX.

Sí, hijo mio, desecha esos temores,
Que si pueden servir de inconveniente
Es en tanto no mas que los fulgores
De la verdad la muestran claramente:
No, tus trabajos no serán mayores
De los que ya has probado: á mí patente
Me toca hacer la realidad del hecho,
Y el ser constante á tu esforzado pecho.

XXI.

Vuélvete pues, y dí que me he escogido
Para habitar en él este collado;
Que en él será mi templo construido
Para bien de este pueblo desolado.
Díle que soy la Madre del Ungido
Del alto Dios: que él mismo ha declarado
De ángeles y hombres Reina y Soberana,
Defensa y muro á la progenie indiana.

XXII.

Con estas y otras voces semejantes
Disipóse de Juan el sentimiento,
Cual las pequeñas nubes ambulantes
Al blando soplo de apacible viento:
¡Ah! sí, esclamó, que son tan importantes
Estas cosas! cualquier detenimiento
Seria un mal, y así cuando amanezca
Yo tornaré y haré cuanto se ofrezca.

XXIII.

Despidióse despues con espresiones
Y palabras de amor y de ternura,
Y entregado á mil bellas ilusiones
Poco á poco bajaba de la altura:
Fingiase á su vista las regiones
Fecundas del Anáhuac, sin cultura,
Y luego en otro instante convertidas
En campiñas amenas y floridas.

XXIV.

Y allá á su modo tal se figuraba
Que en mil vergeles de pintadas rosas
Su querida Princesa descollaba
Entre las mas espléndidas y hermosas;
Que ligero el Favonio desplegaba
En derredor sus alas vagarosas,
Y en tocando liviano sus vestidos
Murmuraba con fáciles sonidos.

XXV.

Figurábase él mismo lentamente
Rompiendo el sulco bajo el corvo arado,
Y que la blanda brisa mansamente
Halagaba su pecho acalorado:
Hasta veia crecer copiosamente
El fruto de su afan multiplicado,
Y que al abrigo de su pobre estancia
Viviria en reposo y abundancia.

XXVI.

Ni del cañon los ecos resonando
Anunciarian la espantosa escena
Del hombre que su sangre derramando
Piensa medrar con la desdicha agena;
Reinaria la paz, y derramando
Su cornucopia de tesoros llena,
Cada cual á su sombra apetecida
Gozaria del mundo y de la vida.

XXVII.

Veia en fin en su agitada mente,
Como por un encanto poderoso,
Del Tepeyác alzarse derepente
El templo mas espléndido y fastoso:
Que en su trono de gloria prominente,
En su interior magnífico y lumbroso
La celestial Princesa dominaba
Y por do quier los bienes derramaba.

XXVIII.

Como una nube en el sereno cielo
Añadiendo belleza al claro dia;
Como un arroyo al abrasado suelo
Templando de su seno la ardentía;
Como el sol, que rasgando el denso velo
De la noche difunde la alegría,
O cual suele festiva y abundosa
Su vivo aliento la estacion hermosa.

XXIX.

De tan ricas imágenes prendado,
Absorto lentamente caminaba
El fiel indiano hácia su albergue amado,
Que ya no muy distante divisaba:
Era el camino fácil y escombrado,
Y aunque la noche á la sazon llegaba
Se iba con todo y eso deteniendo,
Como iba estas ideas recorriendo.

XXX.

Presentábale en fin su fantasía
Cuanto digno hay de amor, lo mas querido,
Lo que en la tierra venturoso haria
Y grande al hombre para el bien nacido;
La religion que el cielo conducia
Hasta lo mas remoto y escondido,
La justicia y la paz, la fé sincera,
Que sin eso no hay dicha verdadera.

XXXI.

Así con mas ó menos perspicacia
Distinguia estos cuadros tan risueños,
Sin advertir que el hombre por desgracia
Opone siempre á la verdad sus sueños:
Que con todo su esfuerzo y eficacia
Traza otros rasgos, sigue otros empeños,
En los cuales los bienes permanentes
Sustituye con otros aparentes.

XXXII.

Admiraba sin esto la escelencia
De los grandes y eternos beneficios
De la Madre de Dios, cuya influencia
Daria mas valor á sus servicios:
Que una Madre tan llena de clemencia,
Que una deidad de afectos tan propicios
Debia ser al punto obedecida,
Y adorada de todos y aplaudida.

XXXIII.

Porque ¿qué mas quisiera el navegante
Batido de las olas y los vientos,
Que librarse del piélago inconstante
Bebiendo de su pecho los alientos?
¿O qué otra cosa el triste caminante
Estraviado y perdido, en los momentos
Que llega la tormenta á desprenderse,
Que un asilo encontrar y guarecerse?

XXXIV.

Y que silben, que luchen indignados
Los contrapuestos vientos, que espumoso
Rebrame el mar, sus vórtices airados
Revolviendo en su seno tempestuoso;
Que los males del mundo aglomerados,
Que todo lo mas fiero y espantoso
Del infortunio amague á los humanos,
Esos monstruos ¿no penden de sus manos?

XXXV.

Así que ni un mortal indiferente
A tanta dicha y tanto honor seria,
Que el hombre busca el bien, y es justamente
Despues de Dios, el bien mayor María:
Que á él solo le tocaba hacer presente
El grandioso suceso de aquel dia
Segunda vez al rígido prelado,
Sirviendo á Dios y al pueblo idolatrado.

XXXVI.

Y aunque no pocas veces le asaltaban
Los temores de ser desatendido
Cual la primera vez, mas no bastaban
Para arredrarle el pecho enardecido:
Que luego en su defensa se agolpaban
Cuantos bienes habia concebido,
Y estimando del cielo los favores
Olvidaba sus penas anteriores.

XXXVII.

Ardia en el amor de su Señora,
Y ansioso de tornar á su mandado
Acusaba del tiempo la demora,
Nunca á su ver tan lento y tan pesado.
Quisiera ya que la naciente aurora
Mostrase su semblante aljofarado
Dando á la tierra movimiento y vida
Para emprender de nuevo su partida.

XXXVIII.

De esta suerte llegaba entretenido
De su cabaña mísera á la entrada,
Cuando repente resonó en su oido
La dulce voz de su consorte amada.
Tan luego como lo hubo conocido
De repentino júbilo asaltada,
Con mil palabras del amor hermoso
Celebraba la vuelta del esposo.

XXXIX.

Y Juan: Malinchi, he visto grandes cosas,
El Tepeyác cubierto de esplendores,
Y entre sus luces bellas, primorosas,
Otras bellezas mas, otros primores:
Era la Vírgen Pura; mil graciosas
Cadencias entonaban los cantores
Angélicos, al modo que tú sabes
Del matinal concierto de las aves.

XL.

Y me llamó, y envióme con recado
Allá á Tenoxtitlán, mas vanamente,
Que en esto todo el dia se ha pasado
Sin obtener respuesta propiamente:
Ya te diré; mas hora estoy cansado
Y tengo que partir forzosamente
Con el mismo recado y mandamiento
De la primera luz al nacimiento.

XLI.

Ningun penar te cause mi tardanza,
Si por caso no llego en todo el dia;
Tranquilízate en fin, y ten confianza,
Que quien sirve á su Dios no se estravia.
Y la humilde consorte, esa esperanza
En el Señor me alienta, le decia:
Adorémosle, Juan, y le adoraron,
Y en su cabaña rústica se entraron.

Canto Quinto.

I.

Lenta en el cielo y plácida rodando
La blanca luna, con su luz plateada
Iba de Anáhuac la region lustrando
Del nocturno silencio acompañada.
Dormian del trabajo descansando
En calma paz los hombres, y abismada
En su quietud la tierra parecia,
Que ni una voz siquier se percibia.

II.

Solo entre todos el pastor sagrado
Del mexicano aprisco despertaba,
De cuando en cuando inquieto y agitado
Con la imágen que en sueños figuraba:
Era de Juan, que al vivo retratado
En airosa actitud le señalaba
Vuelto hácia el Norte, el Tepeyác cercado
Del resplandor del cielo allí bajado.

III.

Ni podia apartar de su memoria
Cuanto habia el indiano referido;
Era para él como una ejecutoria
De la verdad su humilde contenido:
A todos su humildad era notoria,
Y la humildad á nadie hace atrevido;
Mas en su misma sencillez, decia,
¿No puede ser un sueño el que lo guia?

IV.

O qué, ¿será que el Arbitro del orbe
Se vale de tan bajos instrumentos
Para obrar cosas grandes, sin que estorbe
La misma pequeñez á sus intentos?
Pues qué, ¿no es él quien hace que se encorve
De altaneros mortales opulentos
La soberbia feroz ante su planta?
Y al humilde ¿no es él quien lo levanta?

V.

¿Y quién al pobre neófito ha enseñado
Imágenes tan nobles y pasmosas?
¿Y un discurso tan bello y concertado
Y palabras tan tiernas y amorosas?
Si todo es falsedad, jamás ha usado
La mentira de formas tan preciosas,
Y por cierto que en caso tan notable
La crédula piedad es disculpable.

VI.

Conforme á su deseo así pensaba;
Pero luego con otro fundamento
De mil graves razones, condenaba
Con la misma piedad su pensamiento:
La verdad del suceso le agradaba,
Su falsedad causábale tormento,
Y ardia el pecho suyo en grave pena
Por la vuelta del mísero indigena.

VII.

Así pasó la noche desvelado,
Así lo halló la luz del nuevo dia,
Y del modesto lecho levantado
Humildes votos al Señor hacia.
Muéstrame la verdad, oh Padre amado,
Que es de los hombres el camino y guia;
Tu ley será mi voluntad, clamaba,
Y el agitado pecho desahogaba.

VIII.

Iba el tiempo en su curso presuroso
Silenciosas las horas deslizando,
Y el sol desde su puesto luminoso
Paso á paso sus huellas señalando.
Entrado estaba el sol cuando el piadoso
Embajador solícito llegando
De su camino, sin reparo entraba
Adonde el buen prelado se encontraba.

IX.

Fuese á echar á sus piés el pobre indiano,
Saludólo y le habló de esta manera:
Mi dueño y mi señor, no está en mi mano
Volverte á importunar, yo no quisiera
Molestar tu atencion; pero es en vano,
Que me mandó la Reina que volviera
Y que otra vez te diese su recado,
Y es fuerza obedecer á su mandado.

X.

Y el Obispo: pues bien, pero te advierto
Que aborrezco el engaño. ¿Estás seguro
De que no hay falsedad?—Estoy muy cierto,
Que aunque infeliz, mi corazon es puro.—
¿Conque no hay de antemano algun concierto?
¿No hay interés alguno?—Yo procuro
Hacer lo que me manda la obediencia,
¿Y culparás, señor, mi diligencia?

XI.

—No es eso, no, la pobre criatura
Está al error sujeta, y es forzoso
Proceder con recato y con cordura
En asunto tan grave y espinoso.
¿Qué señas traes? ¿Pues qué, se te figura
Que tu dicho es acaso tan valioso,
Que él solo puede ser el fundamento
De lo que sabe Dios si no es un cuento?

XII.

¿Quién te dirije pues, quién te ha enseñado
A hablar de esa manera? ¿Quién ha sido
El que tantas bellezas te ha pintado,
El que tantos milagros te ha fingido?
Me dices que tú solo has presenciado
Esa vision; ¿y nadie ha percibido
Del Tepeyác los vivos resplandores
Ni el concierto y la voz de los cantores?

XIII.

Grande congoja el neófito sentia
Al oir estas cosas; su semblante
Espresaba el tormento que oprimia
Su corazon inquieto y anhelante:
Pues señor, mi señor, le respondia,
La Reina así me ha dicho: Sé constante,
No temas, vuelve allá; tras la tormenta
El claro sol mas bello se presenta.

XIV.

¿Y qué he de hacer? Yo soy vuestro criado,
Ordenad cuanto fuere conducente,
Que si pensais que en esto soy culpado,
No, señor, nunca fuí desobediente.
Con nadie hablé, ninguno me ha contado
Estas cosas, que yo tan solamente
Ví á la Reina, y me dijo: Mi morada
Ha de ser aquí mismo edificada.

XV.

Y el Obispo: Ya veo que te empeñas
En sostener antiguas novedades;
Mas bien, camina y pídele unas señas,
Y entonces ya no habrá dificultades;
Que si este encargo mio desempeñas
Correspondiendo en todo á sus bondades,
Ten por cierto, hijo mio, que al momento
Se cumplirá su escelso mandamiento.

XVI.

Dijo, y el presto Juan sencillamente
Ofreciendo las señas que pedia
Marchóse á largo paso alegremente,
Seguro de cumplir lo que ofrecia.
Tras él dos familiares cuerdamente
Enviando el buen pastor, les advertia
Del modo cómo habian de seguirlo
Sin que él mismo llegase á percibirlo.

XVII.

Y caminaban ellos oficiosos
Sin perderlo de vista ni un instante,
Formándose mil juicios injuriosos
A la virtud del pobre caminante.
Estos indios son muy supersticiosos,
Decíanse uno al otro, este ignorante
Quién sabe qué perversas intenciones
Ocultará en sus sueños y visiones.

XVIII.

A otros muchos falaces y atrevidos
De estos bajos conceptos descendian;
Iban ya de antemano prevenidos
Contra Juan y de todo se ofendian:
Impacientes al cabo y mal sufridos
El paso acelerando, pretendian
Sus iras desfogar en el viagero
A quien ellos tachaban de hechicero.

XIX.

Mas al llegar al pié de la montaña
Despareció repente el mexicano,
Cosa en verdad bien rara, cosa estraña,
Llevándolo á una vista y no lejano.
¿Adónde va, qué se ha hecho? él nos engaña,
Decian, ese infame, ese villano;
Y se vian andar como aturdidos
Del caso no esperado sorprendidos.

XX.

Tal vez alguno en su profundo sueño
Vé claramente á su enemigo odioso,
Y se pinta en su frente el rudo ceño
Que le sube del pecho rencoroso:
Tómase en perseguirlo grande empeño,
Lo alcanza, y lucha, y créese victorioso,
Cuando que en esto se despierta, y pasma,
Corrido de lidiar con un fantasma.

XXI.

Así los familiares se miraban
Al pié del Tepeyác; allí pararon,
Y desde allí su vista dilataban
Por donde el ancho prado atravesaron:
Indecisos, turbados se mostraban;
Mas luego que el aliento recobraron
En pos del fugitivo se partieron
Y la montaña toda recorrieron.

XXII.

De los mismos peñascos requerian
En sus hondas y oscuras cavidades
Si del infausto neófito sabian
Y si entre ellos fraguaba sus maldades.
Ninguna humana huella distinguian
En aquellas desiertas soledades,
Y la muda quietud que allí reinaba
No pequeño temor les inspiraba.

XXIII.

Poco á poco de vagas impresiones
Y pensamientos tristes agobiados
Sentian los cobardes corazones
Nunca á sucesos tales avezados:
Y conforme á sus nuevas aprensiones,
Miraban ya del todo acobardados
Aquel inculto y áspero terreno
Lleno de espantos, de quimeras lleno.

XXIV.

Donde quiera que al cielo revolvian
Sus ojos irritados y encendidos,
Rasgos de sombras oscilantes vian
De su propio deslumbre procedidos:
Parecióles de pronto que salian
Debajo de sus piés tristes gemidos,
Y atónitos clamaban "¡ay! huyamos!"
Y Eco en el monte respondia ¡huyamos!

XXV.

Como suele sacar de su instrumento
Caprichoso organista aquellos sones
Graves y agudos, cual el raudo viento
Al romper de sus lóbregas prisiones,
Ni mas ni menos con el mismo acento
Del hueco de los áridos peñones
De la sierra volaban bulliciosos
Resonando cien ecos vagarosos.

XXVI.

De los agrestes canes los ladridos
Prolongados y lúgubres sonaban,
Y en las peñas los buhos escondidos
Su *cú cú cú* siniestro comenzaban:
De los rápidos vientos los silbidos
Con el mísero canto se mezclaban,
Y todo junto hacia un son horrendo
El terror y el espanto difundiendo.

XXVII.

Callaban, y la tórtola entretanto
Por la dulce garganta sus quejidos
Solitaria exhalaba al cielo santo,
Con el mismo dolor interrumpidos;
Y al triste lamentar de su quebranto
Parecian los montes conmovidos,
Que su salvage y rústica aspereza
Cubria un velo de mortal tristeza.

XXVIII.

Y al son de la confusa vocería
Los necios familiares acuitados,
Bajaban de la infausta serranía
Y avanzaban al valle apresurados.
Ninguno de ellos distinguir sabia
La verdad de estas cosas, entregados
Ciegamente al horror que les causaban
Los temibles encantos que soñaban.

XXIX.

Y por cierto, su ardiente fantasía
Pintábales al vivo las señales
De aquel menguado y desastroso dia
Con todos sus colores funerales;
En escena á la vista les ponia
Brujos y brujas, pérfidos nahuales,
Que tenian por único ejercicio
Toda suerte causar de maleficio.

XXX.

Así camino á la ciudad marcharon
En tan tristes ideas sumergidos,
Y á su arribo al Obispo denunciaron
Estas cosas y casos ocurridos:
Al indefenso neófito acusaron
De gran prestigiador, bien entendidos
De que aun siendo el prelado tan clemente
No quedaria impune el delincuente.

XXXI.

Oyó el sabio pastor á sus enviados;
Mas ellos los sucesos ponderaban,
Y eran en tal manera exagerados,
Que imposible era creer lo que contaban:
De sus propios delirios espantados,
Donde temor no habia allí temblaban,
Que la débil razon si se estravía
Esos fantasmas y esos miedos cria.

XXXII.

Id, pues, les dijo, y si tornare acaso
Como es de presumir y yo lo espero,
Dejadlo entrar, no le estorbeis el paso,
Que ó yo me engaño, ó no hay tal hechicero;
Como un hombre de ingenio el mas escaso,
Como un bruto pintábaislo primero,
Y hora decís que no es tan campesino,
Que en su clase no hay otro mas ladino.

XXXIII.

Aun no sabeis qué fueron esas voces,
Esos clamores tristes, esos ruidos,
Que azorados corrísteis tan veloces
Cual si fueseis de muerte perseguidos;
¿Y es bien hablar de crímenes atroces
De tan vagos rumores persuadidos?
Id, descansad, dejaos de esos sustos,
Juzgad mejor, pensad de ser mas justos.

XXXIV.

Diciendo así salieron de su estancia,
Y hablando á sus colegas, seriamente
Ponderaban su esfuerzo y su constancia
En peligro tan grave y sorprendente:
Es muy corta, decian, la distancia
Desde el lago hasta el pico mas saliente
De ese gran promontorio, á cuya vista
Se estremece el valor, no hay quien resista.

XXXV.

Sin ver cómo ni cuándo allí el malvado
Despareció, como si hubiera sido
En honda sima súbito arrumbado,
Dejando el campo todo espavorido;
En vano aquí y allí lo hemos buscado
Y la infernal montaña recorrido,
Que allá todo es fatal, no hay sino encanto,
Y gritos de dolor, y negro espanto.

XXXVI.

Superando nosotros los temores,
Nos dimos á indagar su derrotero,
Mas eran cada vez mucho mayores
Los riesgos que fraguaba el embustero:
Despues de tanto afan, tantos sudores
Sin poder barruntar su paradero,
Volvímonos en fin, ¿y por ventura
Merecemos de ilusos la censura?

XXXVII.

¿Para qué, pues, decirnos el prelado
Id, observad á ese hombre atentamente,
Si al cabo ya tenia meditado
Mostrarse cual se muestra, indiferente?
De todo lo que allí nos ha pasado
Nada cree, nos reprocha y nos desmiente;
Pero el tiempo vendrá, que es buen amigo,
Y de los hechos el mejor testigo.

XXXVIII.

Así del pobre indiano murmuraban
Para encubrir la propia cobardía;
Así del buen prelado se quejaban
Que á sus mágicos cuentos no atendia:
Y en verdad que ellos mismos presentaban
De su adusta y confusa fantasía
En señas nada obscuras, no dudosas,
La falsedad de tan estrañas cosas.

XXXIX.

Juan entretanto, al punto que invisible
Por arte se hizo del poder divino,
Arribó al Tepeyác, con indecible
Celeridad venciendo su camino:
Latióle empero el corazon sensible
Cuando al llegar ansioso á su destino
No halló el objeto en cuyo amor ardia,
Y un gran pesar su corazon sentia.

XL.

Empero nunca la inmortal Señora
Abandonó á sus tiernos amadores,
Que es diestra suya, amparo y defensora,
Y arroja de sus pechos los temores:
Pasó un momento solo, y precursora
Una luz celestial, de sus favores,
Por la adormida esfera derramada,
Fué el anuncio feliz de su llegada.

XLI.

Y llegaba tan bella y tan radiante,
Que mucho mas que el sol resplandecia,
Del fiel indiano el corazon amante
Inundando con súbita alegría:
¡Cuán gallarda, qué airosa y elegante
Sobre la blanca nube parecia!
Jamás el vate figuró una diosa
De tanta magestad, ni tan hermosa.

XLII.

Dichoso Juan en tan feliz estado,
Saludóla cortés y alegremente,
Y le dijo: Ya todo está allanado,
Ya no hay ¡oh Reina mia! inconveniente:
Está el señor ilustre á tu mandado,
Y solo de una cosa está pendiente,
Que una seña me ordena que te pida,
Para mas cerciorarse en tu venida.

XLIII.

Si tú lo quieres todo está en tu mano,
Y yo á tu voluntad apercibido,
Y hora mismo tu anhelo soberano
Podrá quedar del todo concluido:
Todavía no es tarde ni es temprano;
Pero el camino es llano y reducido,
Y aun hay tiempo, Señora, y si tú quieres
Volveré con las señas que me dieres.

XLIV.

Yo te daré, hijo mio, esas señales
Que han de ser al Obispo presentadas,
Respondióle la Reina, y serán tales,
Que dejarán sus dudas disipadas:
Ni podrá él discurrir otras iguales,
Tan hermosas, tan propias y adecuadas,
Pues quien las viere quedará al momento
Asombrado á la vista del portento.

XLV.

Mas hora es, hijo mio, conveniente
Que á descansar tranquilo en tu morada
Te retires con paso diligente,
Y mañana vendrás á la alborada:
Llevarás al Obispo el gran presente
Señal de la verdad de tu embajada,
Señal tan firme, que del tiempo en ella
No pasará la destructora huella.

XLVI.

Dijo, y ya estaba en su eternal asiento
Cabe el trono de Dios, todo circuido
De un vivo resplandor, el firmamento
Resonando su nombre esclarecido:
Y el indio fiel de celestial contento
Sintiendo el pecho dulcemente henchido,
De tan raras bellezas ocupado,
Tomó el camino de su albergue amado.

Canto Sesto.

I.

Ya la aurora las puertas entreabria
De su dorado alcázar, y el gracioso
Rosicler de su rostro se estendia
Con nuevos fuegos centellando hermoso:
Mas y mas cada instante se encendia,
Mas vivo se mostraba y mas radioso,
Y Juan dispuesto al nuevo viage estaba
Y el magnífico cuadro contemplaba.

II.

Recogia la noche silenciosa
Sus luengos velos de pavor tupidos,
Y huia al lado opuesto presurosa
Sus negros ojos de la luz heridos;
Avanzaba tras ella esplendorosa
La mañana sus rayos encendidos,
Esclareciendo las alzadas cumbres
Con sus nacientes apacibles lumbres.

III.

Estaba mudo el ruiseñor canoro
Y en sus bosques las aves recogidas;
Mas poco á poco al armonioso coro
Saltaban de sus ramos, prevenidas;
Y ya entonaban con sus picos de oro
A la aurora canciones no aprendidas,
O volaban al pié de la montaña,
O hendiendo la neblina en la campaña.

IV.

De sus fieles mastines precedidos
Mas tarde los sencillos ganaderos
A los vecinos campos conocidos
A pacer conducian sus corderos;
Y los pequeños hatos repartidos
Aquí y allí, cruzaban los oteros,
Y sus vastos confines, vagarosos,
De la agostada grama codiciosos.

V.

De los vientos las ráfagas templaba
El invierno, sus iras mitigando,
Y el agradable céfiro sonaba
Su delicado aliento respirando:
La niebla á mas andar se replegaba
Sus húmedos vapores condensando,
Y hermosos pabellones en hileras
De los montes formaba en las laderas.

VI.

Claro el azul del cielo aparecia,
Y el sol que se elevaba refulgente
Sobre el bajo horizonte despedia
Inmensos rayos de su rubia frente:
De hombre alguno jamás la fantasía
Osó pintar un cuadro tan valiente,
La magestad del astro, la hermosura,
Y el vital movimiento de natura.

VII.

Como el que sale de un hermoso sueño
De agradables, fantásticas visiones,
Que al recordar algun grandioso empeño
Que robó sus primeras atenciones,
Nada es todo para él, todo es pequeño,
Sombras fugaces, vanas ilusiones,
Y en proseguir su objeto mas amante
Ni siquiera se tarda un solo instante,

VIII.

Así el sensible Juan embebecido,
Contemplando la plácida mañana,
Al recordar su empeño mas querido,
Del Tepeyác la Aurora mexicana,
Las angélicas voces, y el sonido
De la arpa melodiosa, sobrehumana,
La matinal escena iba olvidando,
Y á su adorado objeto caminando.

IX.

Hallábase ya su alma enternecida,
Su corazon de júbilo saltaba;
Mas no hay gozo cumplido en esta vida,
Que si llega es muy tarde, y pronto acaba:
Ya vaga aquí, ya allí, ya va perdida
Inconstante en lo mismo que anhelaba,
El mísero mortal y cuanto él hace
Del infortunio el viento lo deshace.

X.

Inquieta así, versátil mariposa
Alegre en su pensil revoloteando,
Ya pasa del jazmin, ya de una rosa,
Ya va en el aire leve jugeteando:
Jamás está en quietud, nunca reposa,
Hasta que el cierzo rápido soplando
Sorprende á la infeliz, y la arrebata,
Y con sus broncas alas desbarata.

XI.

Menguada condicion, triste alegría
Del hombre, espuesto siempre á mil azares,
Pues cuando mas de su fortuna fia,
Le llega la desdicha y sus penares:
Así el dichoso Juan ni presentia
En medio de sus goces singulares,
Que en llanto se trocase su contento,
Y para eso bastó solo un momento.

XII.

De la salud de un tio al que bien ama
Nuncio fatal le cuenta el mal estado,
Que mas la fiebre pútrida se inflama,
Y amenaza de muerte al desdichado:
Vuélvese Juan, y en su socorro llama
A la celeste Reina, asegurado
De su bondad, que nunca se desmiente,
Ni abandona jamás al indigente.

XIII.

Sobre una pobre y miserable estera
Juan Bernardino el infeliz, tendido
Como insensible estaba, en gran manera
De su febril acceso asoporido;
Parecia anunciar su hora postrera
Con el sudor glacial, aquel ronquido
De que á veces la muerte es precedida,
Y es el último aliento de la vida.

XIV.

Pero el amante neófito angustiado
Y lleno de pesar, no desconfia;
Y aunque á veces se aparta de su lado,
No se entrega á una estúpida apatía:
Ya le aplica un remedio, ya aplicado
Se escurre á la cercana pradería,
Y buscando la sávia saludable
Va con empeño y atencion notable.

XV.

Todo en vano, la ardiente calentura
Destruye el buen efecto que se espera,
Y aunque por otros medios se procura,
No hay de salud la seña mas ligera:
Ni sabe ya cómo seguir su cura
El triste Juan, y entonces considera
La condicion del hombre, el paradero
De cuanto hay mas amable y lisongero.

XVI.

¿Qué es pues la vida? Ese benigno aliento
Que anima hasta las tristes soledades,
Que es de bosques y prados el fomento
Y el bullicioso ardor de las ciudades,
Que trae siempre en continuo movimiento
A las gentes de todas las edades,
¿Es tan estable y tan robusta y bella?
La muerte acaso ¿no principia en ella?

XVII.

Viene al mundo el mortal, y justamente
Su número de dias trae contado,
Y aunque sus años prolongar intente
No pasará del término aplazado:
Todo muere, en do quiera tristemente
Se oye un son funeral; que en rostro airado
Por donde quier la muerte va corriendo,
Al hombre, al mundo todo destruyendo.

XVIII.

Caen el noble señor y el poderoso,
Y el pobre siervo exánimes al suelo,
El roble mas robusto y proceroso,
Y la águila caudal que monta al cielo;
Cae en el seno obscuro y cavernoso
Del hondo mar, el Libiatan, y al vuelo
De horrendos aquilones desatados,
Campos se ven y pueblos desolados.

XIX.

Y todo es destruccion, y todo ruina,
Y en donde quier la imágen de la muerte,
Que el infeliz mortal nunca adivina,
Que olvida siempre en desgraciada suerte:
Con el brillo del mundo se fascina,
Con el ruido del oro se divierte;
Juego fugaz que al acabarse deja
Del mísero morir la triste queja.

XX.

Todo esto conocia y meditaba
El aflijido Juan á la presencia
Del lecho del tormento, y ya no hallaba
Al dolor de su pecho resistencia:
El llanto sus megillas inundaba
Y del cielo imploraba la asistencia,
Mas la tierna amargura que sentia
Su amorosa eficacia no impedia.

XXI.

Pasóse la mañana en estas cosas,
Y pasóse la tarde, y bien entrada
La noche, con sus tocas tenebrosas
Iba en su carro de ébano sentada:
Las montañas, las vegas soledosas,
Naturaleza toda sepultada
En profundo silencio y en reposo,
Presentaba un aspecto religioso.

XXII.

Silencio: oid, mortales altaneros,
¿Quién vive allá de la encumbrada altura?
¿Quién sostiene en el aire esos luceros
Que el manto bordan de la noche obscura?
¿Quién es ese Señor, que á los postreros
Rayos del sol, en toda la natura
Esos velos descorre con sus manos,
Y brinda al dulce sueño á los humanos?

XXIII.

¿Que sobre alados querubines vuela
De las nocturnas auras acatado,
Y cuando el orbe duerme él se desvela,
Y de animales y hombres al cuidado?
¿Quién es, quién es, decídmelo el que vela
Vuestro sueño tranquilo y reposado,
O en humildes poblados, ó en ciudades
Opulentas y ricas de maldades?

XXIV.

¡Ay! que insensato el hombre echa en olvido
Las obras del Señor Omnipotente,
A tanto beneficio recibido
Con negra ingratitud indiferente.
¡Ay! que se arroja al mar y va perdido
Del tempestuoso siglo en la corriente,
Y calla el Gran Señor, y el hombre aun vive
Abusando del bien que de él recibe.

XXV.

Que no en tanto la cándida mañana
Oculta al universo sus fulgores,
Que aun borda el campo de arrebol y grana
Y matiza del prado los verdores:
Brillan las mieses, la riqueza humana
De activos y afanosos labradores
Redunda á las ciudades, que engrandece,
Y el comercio se anima y reflorece.

XXVI.

Sino que el lujo cruel, inmoderado,
Nuevas necesidades introduce,
Y hace al hombre ostentoso y disipado,
Y un enjambre de crímenes produce:
Siempre de altivas clases ha bajado
Al pueblo la impiedad, que reproduce
En vil relajacion, de cuyo seno
Brota en do quier mortífero veneno.

XXVII.

Mueren las artes y la industria muere,
Y ciego el manantial de la riqueza
Se afana en vano el hombre, nada adquiere,
Y es mayor cada dia la pobreza:
Y al que este pueblo mísero rigiere,
¿De qué sirve el talento y la destreza,
Si con su vil indiferencia, él mismo
Zanjó á sus piés el espantoso abismo?

XXVIII.

Y el dolo reina allí, y allí la usura,
El hurto, el homicidio, y las pasiones
Irrítanse unas á otras con bravura
Y se forman en bandos y facciones:
Sin Dios, sin ley, ¿qué cosa habrá segura?
¿Ni qué es el bienestar de las naciones
Bajo el genio feroz que las anima?
¡Ay el que cae en tan horrenda sima!

XXIX.

Mas ¿á dónde me llevas estraviado,
Oh musa celestial? ¡Ah! lo contemplo:
Yo me hallo derepente trasportado
De un tiempo en otro tiempo, y el ejemplo
Tan solo de un mortal morigerado,
Arrebata mi mente al sacro templo
De la inefable religion, que el mundo
Abandona en el sueño mas profundo.

XXX.

Bien diferente Juan, al solo aspecto
De la callada noche, enternecido
Alzaba al cielo con piadoso afecto
Su amante corazon enardecido;
Y en el reposo, símbolo imperfecto
De la inmutable eternidad, hundido,
Las obras del Señor encarecia,
Y al Dios del universo bendecia.

XXXI.

Cada uno de los séres obedece
La ley de su esencial naturaleza,
Y vive ó muere, y disminuye ó crece,
Segun como le place á su grandeza.
Todo es suyo, y en todo resplandece
Su gran saber, su gloria y fortaleza:
¿Por qué el hombre ese inmenso señorío
Desconoce con ciego desvarío?

XXXII.

Por sabios y apostólicos varones
El religioso neófito ilustrado,
Y firme en la verdad de estas razones,
De un nuevo objeto se sintió ocupado;
Y así se dijo, afuera dilaciones;
Mi tio está al morir, y aun no he tratado
De procurarle un sacerdote amable
En trance tan funesto y lamentable.

XXXIII.

Y su manta y su báculo tomando,
Sin esperarse mas, ligeramente
Desampara la choza, encomendando
A su esposa el cuidado del paciente;
Iba veloz, y el paso enderezando
A Tlaltelolhc, llevaba fuertemente
Tocado el corazon de la tristeza
Al contemplar del hombre la flaqueza.

XXXIV.

El solo en noche obscura acompañado
De tan graves penares caminaba,
Mas de tan grande asunto penetrado
Otra ninguna cosa le espantaba;
Ni el zumbido del viento destemplado
Que impetuoso en el llano atravesaba,
Ni la nocturna soledad, que infunde
Pálido horror, y el corazon confunde.

XXXV.

Era cual cisne blanco su vestido,
Y entre la espesa sombra parecia
Veloz exhalacion, ó que el egido
De la noche el fantasma recorria:
Así con tanta rapidez vencido
Gran parte ya de su camino habia,
Cuando el primer crepúsculo asomaba,
Y con la negra obscuridad luchaba.

XXXVI.

¿Por qué empero á la vista se recata
Del Tepeyác? ¿Por qué hora se sorprende?
¿Por qué el camino á proseguir no acata
Y el presto paso tímido suspende?
Allá su fantasía le retrata
Tal vez alguna cosa que le ofende,
Que cual estatua fria y sin aliento ,
Se está parado allí sin movimiento?

XXXVII.

¡Oh musa! tú lo sabes, nada ignora
Tu ciencia, de este caso repentino:
Dímelo, pues, que ya se acerca la hora
De terminar mi canto peregrino.
¡Ay! ¿No ha cumplido acaso á su Señora
Lo que amorosa y tierna le previno,
Y allí el enojo suyo ha columbrado,
Y allí el temor medroso lo ha parado?

XXXVIII.

Largo rato se estuvo frente á frente
Del alto cerro que cruzar debia
Para ir á Tlaltelohc forzosamente,
Y esto era á la verdad lo que sentia;
Mas era por ventura tan urgente
El alto fin que allá lo conducia,
Que al cabo su camino continuando
Se iba al temible sitio aproximando.

XXXIX.

La claridad del cielo se aumentaba,
Y conforme la luz se iba estendiendo
Sus rudas alas Céfiro plegaba,
La blanda brisa á juguetear volviendo:
Ni alguna nube tan siquier flotaba
En las altas regiones discurriendo,
Ni helados del invierno á los rigores
Subian de los lagos los vapores.

XL.

Todo anunciar al mundo parecia
El sol de la florida primavera,
A quien risueña la alba precedia
De su triunfal carroza mensagera:
Todo esto el fiel indiano percibia,
Y aunque iba caminando á la ligera
De sus propios cuidados combatido,
Mostrábase no obstante complacido.

XLI.

Sencillo al mismo tiempo, y religioso,
De los grandes pesares la influencia
Recibia, y loaba respetuoso
Del Eterno Señor la providencia:
De su deudo el estado peligroso
Dolíale, llevábalo en paciencia;
El Tepeyác causábale amargura,
Y al Tepeyác marchaba en derechura.

XLII.

En pos iba de bien, y aunque temia
La pena de una falta no buscada,
En todo á su deber se sometia,
Que él era siempre su virtud amada;
De la misma manera recibia
El bien y el mal, que su alma ejercitada
Estaba en la piedad; su pecho sano
Ajustado á las reglas de cristiano.

XLIII.

¡O noble macehual! sí, la nobleza
Que se funda en el solo nacimiento,
Desparece del tiempo á la presteza
Cual seco el heno del tejado al viento:
La virtud forma solo la grandeza
Del hombre, que es eterno su cimiento,
Y así ¡oh feliz indiano! tu memoria
Intacta siempre durará en la historia.

XLIV.

Comenzaba á asomar en el Oriente
De sus dorados rayos coronado
El sol, lustrando claro y reluciente
Del alto cielo el cóncavo azulado;
Cuando el activo nuncio felizmente,
De sus continuos viages fatigado,
Al solitario Tepeyác llegaba,
Y arrimado á un peñon se descansaba.

Canto Séptimo.

I.

Cuanto mas llega á ver sobre alta roca
De larga vista un hombre colocado,
Es el vasto horizonte, que provoca
Un pensamiento vago, ilimitado:
Tal parece que el cielo allí se toca
Con la anchurosa tierra, y exaltado,
Andase á luego el pensamiento errante,
Que otros mil horizontes vé adelante.

II.

Y cuenta uno tras otro, y nunca acaba,
Y en el inmenso espacio confundido
Párase, y lleno de estupor alaba
Al que tales distancias ha estendido;
No era esto empero lo que Juan buscaba,
Con el largo horizonte entretenido;
Mas si por caso descubrir podria
La miserable aldea en que vivia.

III.

Y solo consiguió que la tristeza
Se agravase en su pecho lacerado,
Afectándose al fin con mas viveza
Del deudo suyo en el riesgoso estado.
Echóse pues á andar con ligereza,
Como hombre empero cauto y desconfiado;
Que cuando al pié del cerro caminaba
Sus muchas avenidas registraba.

IV.

Temíase encontrar con la Señora
Del Tepeyác, la Reina su querida,
Pensando de evitar toda demora,
Cualquiera suspension en su partida;
Y tendiendo su vista observadora
Aquí y allí, cruzaba de corrida,
Trocando su camino acostumbrado
Por otro mas remoto y estraviado.

V.

La ave caudal, cuya pupila ofende
De frente el sol, sus alas sacudiendo,
Sesga su vuelo, y otro rumbo emprende
La gran dificultad así venciendo;
Pero el débil humano que pretende
Por estraviadas sendas revolviendo
Del cielo huir con imprudente anhelo,
Siempre se encuentra bajo el mismo cielo.

VI.

Así al tiempo que Juan se persuadia
De haber al cabo su intencion llevado,
Hallóse en la presencia de María,
De su estéril designio avergonzado:
Vió que de la alta sierra descendia
Y que el paso le habia adelantado;
Mas en vez de temor, dulce contento
Absorbió todo estraño pensamiento.

VII.

Quedóse como absorto, empero su alma
Dulcemente mostraba poseida
De una apacible y deliciosa calma,
Tanto y aun mas como era apetecida.
Nunca el guerrero que cortó la palma
De una victoria que juzgó perdida
Mostróse tan altivo y desdeñoso
Como el indiano humilde y amoroso.

VIII.

Estaba de su lado la clemencia
De la Madre de Dios, en cuyo pecho
Nunca el enojo entró ni la impaciencia,
Que santo y puro y sin mancilla es hecho:
Pensaba de ocultarse á su presencia
El pobre Juan, y súbito deshecho
Su intento vió; mas su fatal tristura
Trocóse al punto en plácida ternura.

IX.

Alegróse á su aspecto bondadoso,
Que de su amor la imágen representa,
Mas hermosa que el iris prodigioso
Signo de paz despues de la tormenta;
Y ¡oh Reina mia! se esclamó gozoso,
Perdona mi tardanza, y solo haz cuenta
De tu piedad, que eres piadosa en todo....
Y la Reina le dijo de este modo:

X.

¿Dónde vas, hijo mio? ¿Qué sendero
Y qué camino es ese que has seguido?
El tierno Juan la saludó primero;
Dióle cuenta despues de lo ocurrido;
Ni le ocultó el motivo verdadero
De haberse hácia otro rumbo divertido,
Y blanda como en todas ocasiones
Recibió la Señora sus razones.

XI.

Y añadió: Sabe, pues, que enteramente
En este instante la salud perdida
Recobra el deudo tuyo; y al presente
Nada hay que el paso á la ciudad te impida.
Y Juan: Nada en verdad, y es conveniente
Cumplir con la palabra prometida,
Que el buen prelado me estará aguardando,
Y de mi vuelta acaso desconfiando.

XII.

Mándame, pues, ¡oh Reina! y un momento
No suspendo mi marcha; parto al punto,
Que espero con tu nuevo mandamiento
Que tenga fin tan importante asunto:
De cuanto tú dispongas soy contento,
Que á tus deseos mis deseos junto;
Yo soy tu siervo y tú mi dueño amado,
Y hacer tu voluntad es mi cuidado.

XIII.

Tan solo te suplico que me digas
Qué señas le daré, para que luego
Tu noble empeño maternal consigas,
Y surta efecto mi ardoroso ruego:
No pienses que me cansan las fatigas;
Despáchame, Señora, que hoy me entrego
De nuevo sin reserva á tu servicio,
Sin temor de cualquiera sacrificio.

XIV.

Complacida quedó la Vírgen pura
Con palabras tan gratas y oficiosas;
Y agradeció el obsequio y la finura,
Con otras muy mas tiernas y graciosas.
Y continuó: Pues bien, traeme unas rosas
De esta inculta montaña; allá en la altura
Las hallarás tan lindas y esquisitas,
Cual yo las quiero y tú las necesitas.

XV.

Sorprendido oyó el indio este lenguaje,
Pues sabia muy bien que solo espinas
Y abrojos producia aquel parage,
Como todas las sierras convecinas;
Y ¿quieres, dijo, que de allí te baje
Esas flores tan bellas que imaginas?
Y la Reina: Sí, Juan, así lo quiero,
No te tardes, arriba, aquí te espero.

XVI.

Aun sonaba su voz, y ya el indiano
El superior mandato obedeciendo,
Sin oponer ningun pretesto vano,
Por la elevada cuesta iba subiendo:
De la alta cumbre Céfiro liviano
A su encuentro bajaba, desparciendo
En derredor los plácidos olores
Que robara en su tránsito á las flores.

XVII.

De novedad tan bella y agradable
El paso entonces redobló aguijado,
Y á su arribo, de un gozo inesplicable
Esclamó dulcemente embelesado:
¿Quién un vergel tan rico y admirable
En terreno tan árido ha formado?
Su rostro al cielo santo levantaba
Y con el cielo al parecer hablaba.

XVIII.

Doradas y encendidas mariposas
Revolando tocaban en su frente,
Y huian á esconderse entre las rosas,
Y luego revolvian blandamente:
Iban de un lado y otro veleidosas
Siguiendo el curso al manantial ambiente,
Que en el pensil alegre jugueteando
Cambiaba á cada instante murmurando.

XIX.

Un poder superior habia dado
Fecundidad al árido terreno,
Y en él profusamente derramado
Las ricas gracias de que estaba lleno:
Era todo de verde tapizado,
Y blancas perlas que cuajó el sereno
Hacian en las yerbas, undulantes
A la aura leve, fúlgidos cambiantes.

XX.

Exenta allí de la glacial esfera
Sobre la verde alfombra recostada
Parecia la hermosa primavera
De vistosos matices ataviada:
Allí no hacia falta la parlera
Avecilla que canta en la enramada,
Pues con dulces gorjeos parecia
Que á los tristes humanos les decia:

XXI.

Venid, venid al Tepeyác, mortales,
Los que oprime el invierno de la vida,
Venid á respirar de vuestros males,
Que aquí la dicha encontrareis perdida:
Para vosotros son estos rosales
Y el rico ser de la estacion florida,
Por vosotros el Cielo ha cultivado
En medio del invierno este collado.

XXII.

Aquí hallareis consuelo y alegría,
La dulce paz, reposo el mas cumplido:
Hombres ¿á qué esperais? Venid, un dia
Dichoso cual jamás os ha nacido.
Y el coro de las aves repetia
Desde el ramo do estaba reunido:
"Venid, venid al Tepeyác, mortales,
Venid á respirar de vuestros males."

XXIII.

El noble Juan en tanto se ocupaba
De recoger las flores misteriosas,
Que en su grosera tilma acomodaba,
Admirado de verlas tan graciosas:
Con toda su atencion las contemplaba
Y decia, son flores milagrosas:
Aquí la Reina estuvo, son sus huellas,
Que flores nacen de sus plantas bellas.

XXIV.

Poco despues ya habia descendido
A do la Reina augusta lo esperaba,
Y las rosas que habia recogido
Entreabriendo la tilma le mostraba:
De uno á otro lado habiéndolas movido,
La Vírgen celestial, se colocaba
Cada cual en su puesto, y recibia
Nuevo esplendor, belleza y lozanía.

XXV.

Y volviéndose á Juan en rostro afable,
Ya tú lo ves, le dijo, cuán precioso,
Cuán rico es el presente; y qué apreciable
En invierno tan crudo y rigoroso:
Estas flores, la seña incontestable
Son de tu fé, son del amor piadoso
Que me mueve á habitar entre esta gente,
Y procurarle un bien tan eminente.

XXVI.

Todo el piadoso indiano lo notaba,
Y en lo interior de su alma presentia
Alguna cosa grande que ignoraba,
Mas que nueva confianza le infundia:
Sus ojos de la Reina no apartaba,
Y en el supremo gozo en que se habia,
Mostraba su humildad y rendimiento
De la piedad unido al sentimiento.

XXVII.

Y la Madre de Dios: Vé con cuidado
A la ciudad, le dijo; solamente
Manifiesta esas rosas al prelado,
Y á nadie mas; camina cautamente;
Tu verás, hijo mio el resultado;
Cuán tierno el buen obispo, y reverente
Ensalza mi hermosura, y los primores
Que envío al pueblo indiano en esas flores.

XXVIII.

Anda pues, marcha Juan, que hoy es el dia
De gran felicidad para este suelo.
Y á su sonoro acento parecia
Que con la tierra se alegraba el Cielo;
Y el dulce Juan gozoso respondia:
¡Cuánta bondad! ¡Con cuán ardiente celo
El bien procuras de la gente indiana!
¡Seas bendita, oh Reina soberana!

XXIX.

Humil tras esto se postró implorando
La gracia singular de su asistencia,
Y á luego su camino comenzando
Dejó de su Señora la presencia:
Con mesurado paso caminando,
Y sin temor de infausta contingencia
Alegre repasaba en la memoria
El grande asunto de tan bella historia.

XXX.

Mas sucedió que el rostro revolviendo
Al Tepeyác, su vista derramaba
Aquí y allí; por todas partes viendo
Si á la augusta Princesa columbraba:
Señal ninguna empero descubriendo,
Tranquilo y sosegado continuaba
Su marcha á la ciudad, cuando que en esto
Parecióle escuchar un son funesto.

XXXI.

Tú me lo has dicho, musa, me has contado
Que cayó en un esceso de su mente
En aquel mismo instante, y figurado
Vió á sus ojos un cuadro horrendamente;
Me has dicho que quedó como aterrado,
Tornando al Tepeyác la adusta frente,
Con las cosas que allí se presentaban
Y ominosas escenas recordaban.

XXXII.

Creyó entrever en la áspera ladera
Del alto cerro aquí y allí esparcidas
Ruinas del templo de Tonantzi fiera
Y de inocente sangre enrojecidas;
Y al sacerdote infiel de faz severa
Convocando á las gentes iludidas
Cada cual á inmolar á su nacido
De las roncas bocinas al sonido.

XXXIII.

Y hasta el ¡ay! funeral del tierno infante,
Y sus débiles gritos percibia,
Y el hondo lamentar de madre amante,
Que arrancársele su alma parecia
Al ver la sangre suya, que humeante
Allí de la ara lúgubre corria,
Del rudo templo al pavoroso suelo,
Humil clamando por venganza al cielo.

XXXIV.

Tal el Neófito haelóse de asustado,
Que ni atrás ni adelante caminaba;
Mas vínole un instante afortunado
Y el temor de su pecho desterraba:
Por caso vió las rosas que cortado
Habia en la montaña, y divagaba
Su atencion, yendo luego entretenido
Entonando este cántico aprendido:

XXXV.

Amad, cantad, indianos á María,
Que es el querer del Santo y Poderoso:
El triste lloro en plácida armonía
De Eva trocó, y al hombre hizo dichoso;
Que al mundo todo bien por ella envia
El fruto de su vientre generoso:
Cantadle pues, y escucha tú, Señora,
Al que tu amparo y proteccion implora.

XXXVI.

Sobre el pueblo que rinde á tu grandeza
Derrama las eternas bendiciones
De tu Hijo Dios; ablanda la dureza
De incrédulos y altivos corazones:
Ven, Señora, del trono de tu alteza
Y recibe las tiernas ovaciones
De nuestro amor, y compasiva ampara
Y alumbra al orbe con tu luz preclara.

XXXVII.

Tú eres del cielo la mejor estrella,
Y en el mar de este siglo borrascoso
Firme esperanza, placentera y bella,
Y al triste nauta el faro esplendoroso:
De tus ojos con sola una centella
Si amenazas al báratro espantoso,
Tiembla el protervo rey, dobla su pena,
Y el antro á gritos de pavor atruena.

XXXVIII.

Aplaca, pues, las récias tempestades
Con que inhumano al universo agita,
Y entre tus pobres hijos tus piedades,
Cual sueles, blanda y próvida ejercita.
No el impío murmure tus bondades
Y diga: entre ellos poderosa habita,
¿Y no puede librar á sus queridos,
Y los deja en miserias sumergidos?

XXXIX.

¡Salud, ínclita Reina! A tí venimos
Y á tí Madre y Señora confesamos;
Y pues á tí confiados acudimos,
Remedio y salvacion de tí esperamos;
Que si una vez errantes anduvimos,
Hora á tu sombra augusta nos juntamos,
Y libres ya de riesgos y aflicciones,
Cantaremos tu nombre á las naciones.

XL.

Dijo, y del Cielo rápido desciende
Y cual rayo veloz el ángel bueno,
Que con sus alas purpurinas hiende
El aire vago en la region del trueno.
Ya está con Juan y á su inquietud atiende;
Tócale el pecho y tórnalo sereno,
Y tomando muy corta delantera
Lentamente dirige su carrera.

XLI.

Como el rudo pastor que en noche oscura
De los lobos escucha los aullidos,
Lleno de espanto y de mortal tristura
Embargársele siente los sentidos,
Y naciendo á ese tiempo la alba pura,
De sus primeros rayos ofendidos
Huyen los fieros, y él recobra luego
La perdida alegría y el sosiego;

XLII.

Así cuando hubo el neófito invocado
El venerando nombre de María,
Y el paraninfo alígero bajado,
Aunque invisible, para serle guia,
Hallóse dulcemente recobrado;
Ni mas tornó á forjar su fantasía
Ruinas y escombros, duelos lamentosos,
Ni tañidos horribles y espantosos.

XLIII.

Y aunque sin esa grande comitiva
Que acompaña de reyes opulentos
Al noble embajador, que en faz altiva
Va ostentoso de ricos lucimientos;
Con sola su nobleza respectiva,
Y asociado de bellos pensamientos,
El enviado del Cielo peregrino
Solitario avanzaba en su camino.

XLIV.

Ni como aquel conduce grandes cosas,
Regalo de una espléndida embajada;
Solamente unas flores, unas rosas
Lleva en la manta suya bienhadada:
Empero en sus esencias perfumosas,
En su pintura rica y bien variada,
Conduce una beldad, que nunca viera,
Y nunca el hombre concebir pudiera.

XLV.

Mas tú, doncella, divinal cantora,
Hija del Cielo, que mi pecho inflamas;
Tú, que en mi labio de tu voz sonora
El néctar suave, la virtud derramas,
Déjame un poco descansarme ahora
Ya que al final de mi cancion me llamas;
Para despues, de tu armonioso acento
Los tonos imitar y el blando aliento.

Canto Octavo.

I.

En tanto que el pacífico viagero
A la ciudad augusta se acercaba,
El santo Obispo con prolijo esmero
La singular historia repasaba:
Figurábase todo verdadero
Su admirable contesto, y se afectaba
Con tan grato placer tan vivamente,
Cual si todo estuviese ya presente.

II.

Fijado habia el Cielo la esperanza
Del pastor mexicano, concebida
De un gran suceso visto en lontananza,
Mas que su alma tenia conmovida;
Y crecia al igual de la tardanza
Del suspirado nuncio, parecida
A los grandes deseos, que se aumentan
Con el mismo interés que representan.

III.

Muchas veces al Cielo levantaba
En ademan de humilde suplicante
Las venerables manos, y ocupaba
Apacible tristura su semblante:
Muchas veces al Cielo preguntaba
La verdad de suceso tan brillante,
Y á su deseo el pecho le latia
En dulce consonancia y armonía.

IV.

Y poco á poco el suave colorido
De su tranquilo rostro iba cambiando
Por otro mas brillante y encendido,
Como el hierro en la fragua asimilando;
Y cual si hubiese entonces recibido
Celeste inspiracion, la voz alzando
Con noble ardor, mas con aliento suave,
Dijo en estilo magestuoso y grave:

V.

Veo el templo marmórico elevado
Do habita la piedad mas indulgente,
Y se encierra el depósito sagrado
De las gracias del Santo Omnipotente:
Veo el sólio eternal todo bañado
De otra luz, de otro sol indeficiente,
Do la Madre de Dios con blando oido
Oye del pobre el mísero gemido.

VI.

Y derrama en su seno la ambrosía,
Y cura sus dolencias bondadosa,
Levanta al caido, acorre dulce y pia
Al que oprime la suerte desdeñosa;
Vierte á su vez de gozo y alegría
Y de salud la fuente caudalosa,
Ahuyenta y desparece los temores
De los que son sus fieles servidores.

VII.

Caminos que guiais á su morada,
Nunca estais solitarios y desiertos,
Nunca, ¡jamás! La vírgen desolada,
Y jóvenes, y ancianos casi yertos
La pobre viuda, la infeliz casada....
De toda gente siempre estais cubiertos,
Y solo sois, caminos, ignorados
De los que el mundo llama afortunados.

VIII.

Con el tiempo apacible el nebuloso
Marcha en su curso indómito alternando,
Y el que ayer se llamaba venturoso,
Ora se vé de uno á otro mal rodando:
No es el hombre á eximirse poderoso
De las plagas que siempre está llorando,
Si por desgracia olvida el buen camino
Que va á la fuente del poder divino.

IX.

Tristes dias vendrán, tiempos fatales
De tempestuosas nubes cabalgados;
Mas del sagrado templo á los umbrales
No llegarán los hórridos nublados:
Allí serán los fieros vendabales
Por el soplo del austro disipados,
Al mando de una Vírgen prodigiosa,
Del pueblo indiano defension gloriosa.

X.

De par en par en todo tiempo abiertas
Para todas las gentes afligidas
Están del templo las doradas puertas,
Y todas son allí bien recibidas:
Todas están seguras, todas ciertas
Del favor celestial, y agradecidas
Entonan de regreso á sus hogares
Himnos alegres, métricos cantares.

XI.

Diciendo así, de su primer estado
Recobró la actitud, y se estasiaba,
Tiernamente su pecho acariciado
Con el bello ideal que recordaba;
Ya al parecer habia desechado
Todo temor de engaño, y esperaba
Sin inquietud, armado de paciencia,
Del Cielo en la adorable Providencia.

XII.

Un profundo silencio succedia
Que del reloj la péndula oscilante
Con monótono son interrumpia,
Siguiendo al tiempo instante por instante:
En situacion tan grave sorprendia
Al buen pastor la duda vacilante;
Mas estaba en su acuerdo decidido
Y de un poder oculto sostenido.

XIII.

Incrédulos en tanto disputaban
Los familiares suyos, repitiendo
Los hechizos que al neófito imputaban,
Y otros mil que de paso iban urdiendo:
Del mismo su prelado murmuraban,
La piadosa conducta reprendiendo:
Sigue en su errór, decian, no es estraño
Que el sabio precie de su propio engaño.

XIV.

¡Indio fatal! De todos se ha burlado
Al parecer con bellos sentimientos;
Mas ¿dónde está? ¿qué se hace ese malvado?
¿Vendrá tal vez con nuevos fingimientos?
Sabe bien, y por eso se ha ocultado,
Que descubierto el hilo de sus cuentos,
Otro arbitrio, ninguno mas le queda
Que evadirse al castigo como pueda.

XV.

Las cosas que nosotros presenciamos
Por cierto horribles y espantosas fueron;
Nosotros tristemente las palpamos
Y en gran cuidado y susto nos pusieron:
El estruendo y los ayes que escuchamos
Por toda aquella sierra se estendieron,
Y al soplo de los cierzos bramadores
Se aumentaban del pecho los temores.

XVI.

Podrá ser ilusion, es muy posible,
Que todos de ese achaque adolecemos;
Mas es tan claro el hecho y tan terrible,
Que dudar un instante no podemos:
La ilusion pasa luego, por sensible
Que sea el pecho humano; empero vemos
Que esa historia fatal de monstruos llena
Dura en nosotros y nos causa pena.

XVII.

Dificil es que pueda sincerarse
De su conducta aleve y fementida;
¿Pero cómo volver á presentarse
Sin traer al caso la señal pedida?
Y ¡qué! ¿puede el prelado asegurarse
De una verdad que le es desconocida?
Nosotros discurrimos al contrario,
Y no es error ni es juicio temerario.

XVIII.

No acabaran de hablar; continuamente
Repetian sus miedos, sus terrores,
Siempre á su vista hallábase presente
La montaña fatal y sus horrores:
Tachaban al prelado de imprudente
Y pintaban á Juan de mil colores;
Ninguna reflexion los disuadia
De lo que cada cual se presumia.

XIX.

Así iban su discurso prosiguiendo
Del modo como habian comenzado,
Cuando fué de improviso apareciendo
De la Reina del Cielo el encargado:
Rodeáronlo al momento, pretendiendo
Cada cual vivamente por su lado
Arrancarle el secreto de su viage,
No con buena razon, no sin ultrage.

XX.

¿Traes, le decian, otra nueva estraña,
Peregrina, como antes la fingiste?
¿Con qué artificio allá por la montaña
Tan repentinamente te escondiste?
Todo eres tú un enredo, una maraña
De cuentos, de visiones que no viste....
—No, señor, yo la ví, nada es fingido,
Si no es que la verdad haya mentido.

XXI.

Yo he visto una beldad que igual no tiene
Ni semejanza alguna en lo criado;
Todas las gracias del Señor contiene
En sí misma, que Dios se las ha dado;
¿Y á tal Señora, que del Cielo viene
Para bien de este pueblo, á su mandado,
Menospreciando tan dichosa suerte,
Le diria, no quiero obedecerte?

XXII.

Nada hago mas de lo que hacer me ordena,
Y aunque indigno, me tengo por dichoso;
¡Es una Reina tan amante y buena,
Y su nombre tan grande y tan glorioso!...
—Todo es verdad; mas esa historia llena
Está de ensueños; y lo mas vicioso
La falta de persona mas notable
Que un indio macehual, un miserable.

XXIII.

Calló y bajó sus ojos sonrojado
El triste Juan; mas luego humildemente,
Sin darse por sentido y agraviado,
Les dijo así:—No soy mas que un sirviente,
Y al ilustre Señor traigo el recado
Que la Reina le envia nuevamente.
Me direis ¿no la sirvas? no lo creo,
Ningun cristiano tiene ese deseo.

XXIV.

Al modo que medroso el caminante
A quien la noche hallara en despoblado,
Aquí y allí camina siempre errante,
Cada paso que da mas estraviado;
Mas si pequeña luz, aunque distante,
Sus ojos derepente ha iluminado,
Emprende allá su marcha derecera
Y libre de temor se considera;

XXV.

Así los familiares que se andaban
Perdidos de las vagas congeturas
En el inmenso pais, y siempre hallaban
Tinieblas mas espesas, mas obscuras:
Al escuchar al indio vislumbraban
La claridad de sus acciones puras,
Y á poco á poco se iban persuadiendo
De la verdad, sus miedos deponiendo.

XXVI.

Y á su arribo tardío y no esperado
Sentian igualmente alguna cosa
Que les daba un placer no acostumbrado,
Y escitaba una idea religiosa:
Sintieron ellos que un poder sagrado
Protegia de Juan la misteriosa
Embajada, y con buen comedimiento
Lo entraban del Obispo al aposento.

XXVII.

Entre tanto unas flores casualmente
En la dichosa tilma descubrieron,
Y con manos violentas, juntamente
Arrancárselas ambos pretendieron:
Quedáronse burlados tristemente,
Que en la tilma estampadas parecieron;
Y entonces Juan:—Son, dijo, las señales
De mi verdad, son rosas invernales.

XXVIII.

Empero á mí la Reina me ha ordenado
Que á nadie se las muestre antes que sea
A mi Señor yo mismo presentado,
Que él primero es forzoso que las vea;
Que á luego examinadas con cuidado,
Declare si es ya tiempo que se crea
El mensaje del Cielo, y se practique,
Disponiendo que el templo se edifique.

XXIX.

Llegaban así hablando á la presencia
Del buen prelado, que escuchado habia
La plática final, y, Tu obediencia
Es buena prueba, al neófito decia:
No temas, Juan, no temas, ten paciencia,
Que todo se ha de hacer con la energía
Que requiere un asunto que dimana
De voluntad mas fuerte que la humana.

XXX.

Ninguno que resiste al poderoso
Dueño y Señor del Cielo y de la tierra,
Vió de la paz alegre el rostro hermoso,
Que él mismo se hace una continua guerra:
El mismo es su tirano, y siempre ansioso
De venturosa paz, él la destierra
Del pobre corazon, y de otro imperio
Gime á su vez en hondo cautiverio.

XXXI.

Esos tristes sucesos, esos males
Que desgarran la faz de las naciones,
Castigos son de Dios, no son casuales;
Son ejemplos terribles, son lecciones
Que dicen á los míseros mortales,
Que no tienen mas ley que sus pasiones,
Con voz atronadora y elocuente:
No se ofende al Señor impunemente.

XXXII.

No hay ciudad de refugio mas segura
Que la Madre de Dios, de gracia plena
Desde su ser primero, limpia y pura,
De toda imperfeccion y mancha agena:
Al ver el Hijo Santo su hermosura
Se deleita, y el júbilo serena
Su airada faz, su cólera mitiga,
Y á su ruego perdona y no castiga.

XXXIII.

Dichoso el que la sirve, el que merece
Su amante proteccion, el que reposa
A su sombra, y en ella permanece
En la observancia santa y religiosa;
Todo mal con su vista desparece,
Todo bien reproduce dadivosa:
¡Tantas glorias su nombre nos revela!
¡Tantos bienes su amparo y su tutela!

XXXIV.

Estos dias pasélos con cuidado
No fuese tu mision interrumpida
De algun siniestro caso no pensado,
Y aguardaba con ansia tu venida;
Mas tú entre tanto ¿en qué te has ocupado?
¿Al cabo de la Reina fué acogida
Con su bondad, cual suele, mi demanda?
Nada temas, ¿es ella quien te manda?

XXXV.

Entonces Juan contóle brevemente
Cuanto habia en su ausencia acontecido,
La enfermedad mortal de su pariente
Y el milagroso alivio recibido:
Y cómo su Señora últimamente
Le habia derepente aparecido
Y ordenado bajase de la altura
Unas flores sin par en la natura.

XXXVI.

Y son, dijo, las señas que me ha dado
De la verdad y fin de mi embajada;
Mirad, Señor, si son de vuestro agrado,
Y si hay una belleza tan prendada.
Acercándose entonces al prelado,
Y de la ruda manta afortunada
Sosteniendo las puntas superiores,
Con cuidado soltó las inferiores.

XXXVII.

¡Oh Musa! ¡oh buena Musa! aquí tu aliento
A mis cansados labios comunica:
Ven otra vez del alto firmamento
Y mis lánguidas voces vivifica:
Dime qué pasa en solo este momento
Y el asombro comun qué significa
Hora que Juan un paso se adelanta
Y desplega solícito su manta.

XXXVIII.

Cayó un grupo de rosas, salpicado
Del rocío del Cielo suavemente,
Y al punto el Santo Obispo arrodillado
Cayó, y sus familiares igualmente;
Que en la dichosa tilma del enviado
Pintada por la diestra omnipotente,
Con primor, con belleza sobrehumana
Apareció la Virgen Mexicana.

FE DE ERRATAS.

En la parte latina, pág. primera, linea 9, dice:—allierant:—debe decir:—*alliciant*.—En la pág. segunda, línea 19, dice:—quæ unto situs:—debe decir:—*quæsitus*.—En la pág. tercera, línea 16, dice:—duodece:—debe decir:—*duodecim*.

(10)

Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01318 5618

(3000) x/02 F/00c S/F (1750)